

# LOS TESTIGOS DE AFUERA

Compilación, prólogo y notas de Tomás Eloy Martínez

Cyngular



---

**LOS TESTIGOS  
DE AFUERA**

---

---

# LOS TESTIGOS DE AFUERA

---

Compilación, prólogo y notas  
de Tomás Eloy Martínez



## Los testigos de afuera

### EDITORES

Vicepresidencia de Comunicaciones  
y RSE de Banesco y Cyngular

### PRODUCCIÓN GENERAL

Vicepresidencia de Comunicaciones  
y RSE de Banesco Banco Universal

### PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Sergio Dahbar

### EDITOR ADJUNTO

Carlos Ortiz

### ASISTENTE EDITORIAL

Francis Lugo

### DISEÑO

Jaime Cruz

ISBN: 978-980-425-074-3

Depósito Legal: DC2021001796

ISBN: 978-980-425-074-3



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.



Portada original, edición 1978

# Índice

---



## **Presentación**

**Juan Carlos Escotet** \_PÁGINA 8

## **Nota editorial**

**Sergio Dahbar** \_PÁGINA 12

## **Prólogo**

**Tomás Eloy Martínez** \_PÁGINA 15

## **Juan de Castellanos**

**La destrucción de Cubagua** \_PÁGINA 20

## **José de Oviedo y Baños**

**Amor de las abejas por Martín Tinajero** \_PÁGINA 24

**Funda Losada la ciudad de Caracas** \_PÁGINA 27

## **Alexander Von Humboldt**

**Carta a su hermano Wilhelm** \_PÁGINA 31

## **Robert Semple**

**Camino de La Guayra a Caracas** \_PÁGINA 38

## **Louis-Philippe, Conde de Ségur**

**La batalla de los granos de anís** \_PÁGINA 44

## **John Hawkshaw**

**Comida sobre la hierba** \_PÁGINA 51

## **José Martí**

**Un viaje a Venezuela** \_PÁGINA 56

## **Jules Verne**

**Una nube de polvo en el horizonte** \_PÁGINA 71

## **Emilio Salgari**

**La sabana tiembla** \_PÁGINA 81



**Rafael Alberti**

**Costas de Venezuela** \_PÁGINA 93

**Adolfo Bioy Casare**

**Para mí tú eres, Patria** \_PÁGINA 95

**Alejo Carpentier**

**Ascenso a los petroglifos** \_PÁGINA 100

**Gabriel García Márquez**

**Caracas sin agua** \_PÁGINA 106

**Julio Cortázar**

**La desaparición de los menores en Venezuela** \_PÁGINA 117

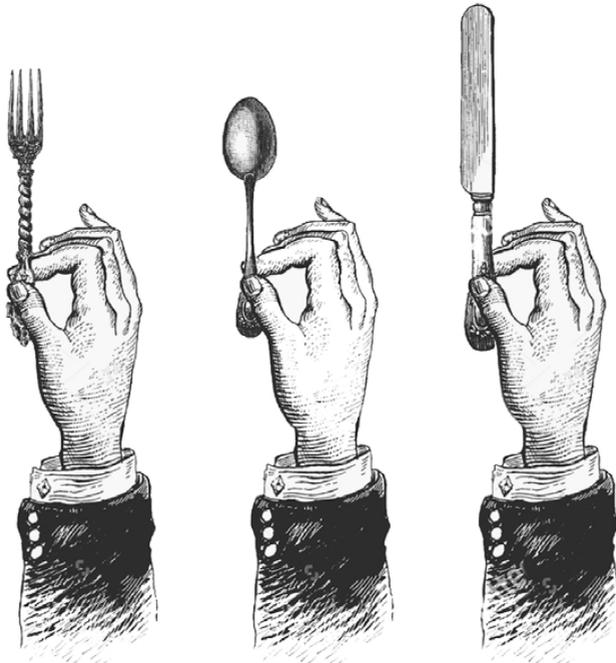
**Pablo Neruda**

**Caracas vibratoria** \_PÁGINA 121

**Huésped de Caracas** \_PÁGINA 124

**Gonzalo Rojas**

**Turpial A-6B** \_PÁGINA 128



# Presentación

---

**E**se resplandor, que los venezolanos conocemos en sus secretos y matices, vive en la extensión de las costas; en el horizonte inagotable de los llanos; en la escenificación abigarrada de las selvas; aparece en el ascenso de la cordillera andina; se renueva en cada amanecer en el valle de Caracas: no hay lugar de la geografía donde esa luminosidad, la luminosidad espléndida del trópico, no cautive la mirada.

Ese esplendor, hay que decirlo de una vez, tiene el carácter de lo ubicuo y lo permanente: no se apaga nunca, ni siquiera cuando el cielo se llena de nubes. Ser venezolano significa, entre muchas otras cosas, vivir envuelto de esa luminosidad, reconocerse en ella.

Por más de cinco siglos, el espectáculo de estas vistas, de estos despliegues de la naturaleza, ha despertado el asombro de los visitantes. Han sido los extranjeros, especialmente los europeos, pero no solo ellos, los que han producido páginas y más páginas, en las que se describen o se narran estas escenas y paisajes que son como festejos del espíritu.

En el transcurrir de la vida venezolana, un relato se repite, con incalculables variantes: la del visitante que recibe el doble flechazo, de la abundancia y la generosidad de la naturaleza y de las gentes, y lo vuelca en cartas y diarios de viaje, en artículos y crónicas, en documentos oficiales, en poemas o en obras de ficción narrativa.

En todas estas escrituras, sean científicas, memoriosas, especulativas, improvisadas, intimistas, apasionadas, descriptivas o producto de la imaginación, hay una tarea común: la de dibujar con palabras la maravilla geográfica, el esplendor venezolano, no solo de su biodiversidad, sino también, el de la apertura, la proximidad,

la disposición, la hospitalidad *a priori* de los venezolanos. A lo largo de los siglos han causado asombro al visitante, no solo la geografía, también el ser humano.

Esta experiencia de los sentidos, la de estar ante realidades naturales portentosas, fenómenos más allá de lo previsible, estimuló a los exploradores y conquistadores que vinieron a Venezuela en el siglo XVI, a experimentar la sensación de que El Dorado, la mítica ciudad de oro, debía estar muy cerca. Antonio de Berrío (1527-1596), el fundador de San Tomé, luego de navegar el Orinoco, no dudaba: muy cerca de las zonas que había recorrido, así lo creyó siempre, debía encontrarse una inmensa riqueza mineral.

*Testigos de afuera* es una antología de ese asombro. Una travesía por cuatro siglos, del XVI al XX, que va del explorador, sacerdote e historiador español, Juan de Castellanos (1522-1606), hasta el enorme poeta chileno Gonzalo Rojas (1916-2011), quien vivió unos años en Caracas, a quien se reconoce como una de las voces poéticas más importantes del siglo pasado, en el universo de la lengua española.

*Testigos de afuera* es una especie de colección de bocados: un puñado de fragmentos o textos breves, donde además de los dos mencionados, se suceden los de José Oviedo y Baños (1671-1738), Alexander Von Humboldt (1769-1859), Robert Semple (1766-1816), Louis-Philippe, Conde de Ségur (1753-1830), John Hawkshaw (1811-1891), José Martí (1853-1895), Julio Verne (1828-1905), Emilio Salgari (1862-1911), Rafael Alberti (1902-1999), Adolfo Bioy Casares (1914-1999), Alejo Carpentier (1904-1980), Gabriel García Márquez (1927-2014), Julio Cortázar (1914-1984) y Pablo Neruda (1904-1973).

Basta con que anote aquí un párrafo de José de Oviedo y Baños sobre Caracas, tomado de la sección incluida en el libro, para comprender el impacto que esta ciudad produjo en aquel hombre culto y sensible, que fue militar e historiador, y que escribió: “tiene su situación la ciudad de Caracas en un temperamento tan del cielo, que sin

competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que la escogió la primavera para ser su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frío molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno afligen”.

En 2011, Banesco publicó un primer volumen infaltable, *70 años de Fotoperiodismo en Venezuela*, que resultaría el primer título de una serie que ha crecido y se ha convertido en una memoria del periodismo venezolano. A *Fotoperiodismo* le siguió un segundo volumen con una selección de entrevistas al año siguiente, y, de allí en adelante, se han sucedido impecables recopilaciones concentradas en el periodismo deportivo, humor y una secuencia de compilaciones de crónica en su sentido más amplio, crónica política, uno titulado *Conversaciones con escritores de paso*, crónica policial, la crónica cultural, el peculiarísimo género de la semblanza y ahora, 10 años después, el décimo primer título de la serie: *Los Testigos de Afuera*.

Como experiencia de lectura, a partir del único requisito de tener un poco de curiosidad hacia los hechos y las tendencias del país, se trata de recopilaciones reveladoras y deliciosas. Leerlas nos moviliza los recuerdos; nos aproxima a noticias y protagonistas que probablemente no conocíamos; nos muestra, en sus múltiples evidencias, momentos decisivos de nuestra compleja y accidentada modernidad.

No soy yo quien lo afirma, sino especialistas en la cuestión: esta colección es un hito en la bibliografía venezolana dedicada al periodismo. No hay, en el conjunto de lengua española, nada que se parezca por la diversidad de géneros que ha acumulado, por el período de tiempo que abarca –siete décadas, que van desde los años 40 del siglo XX hasta nuestro presente–, y por lo representativa que ella resulta, alimentada por la ambición, la pluralidad de intereses, las representaciones y los avatares del periodismo venezolano.

El que cada volumen sea una antología realizada con esmero, nos anuncia la calidad de sus respectivos contenidos. Los autores no solo son periodistas: también hay escritores, científicos, viajeros, historiadores y algún otro profesional, diversidad que enriquece el ofrecimiento que se hace al lector.

Con ese balance de lo publicado hasta ahora, Banesco adoptó la recomendación que hizo Sergio Dahbar, de celebrar los diez títulos y los diez años de la serie, realizando una nueva edición de *Los testigos de afuera*, libro joya que se publicó en 1978, compilado y prologado por el gran periodista y novelista argentino, Tomás Eloy Martínez, maestro de periodistas y del periodismo, quien vivió en Caracas durante unos ocho años, tiempo que le fue suficiente para dejar una huella renovadora y profunda en la redacción del diario *El Nacional*, para ser parte del equipo de fundadores del *Diario de Caracas*, y para formar a periodistas de dos generaciones en las pericias del periodismo narrativo.

De la colección 70 años de periodismo venezolano nos sentimos orgullosos: en ella habitan autores magníficos, piezas cada una de enorme valor periodístico y literario, visiones del país, hechos, escenas e imágenes inolvidables. En sus páginas está la Venezuela que amamos: como asombro y presentimiento, como trabajo y sentido del futuro, como solidaridad y persistencia, como sueño y realización, como energía para oponerse a la adversidad y seguir adelante.

—Juan Carlos Escotet

## Nota editorial

---

**E**l jueves 30 de noviembre de 1978 salió de las prensas de Editorial Arte una edición corporativa titulada *Los testigos de afuera*. El editor fue Miguel Neumann, y el antólogo que se encargó de seleccionar los textos, traducir al español alguno de ellos y cuidar la edición, el periodista Tomás Eloy Martínez. Hacía poco tiempo que había llegado a Venezuela, desde la turbulenta Argentina, y esta compilación fue una de las tantas maneras que tuvo de reflexionar sobre cómo habían observado los visitantes estas tierras que inicialmente confundieron con el paraíso. Sir Walter Raleigh llegó a pensar que Venezuela era una orilla terrestre a la que jamás llegaban la enfermedad ni la tristeza.

Otro recién venido, que también llegó del sur, espantado por las atrocidades de los dictadores, Juan Fresan, se encargó del diseño y las viñetas que definieron una edición singular y atractiva. Todos habían hecho posible un libro cuadrado, con un troquel de la letra L en la tapa, envuelto en una lámina de papel glasé, que lo protegía como un obsequio

Uno puede avizorar hoy que el libro nació para reconocer en “los aluviones migratorios” que definieron la esencia del país desde sus primeros días, un aspecto enriquecedor que abrió el país al mundo. Quizás la idea que subyacía en sus promotores, con la publicación de los textos de estos notables visitantes, era llamar la atención sobre el país que surgía en “los ojos de los otros”, en palabras de Miguel Neumann.

Cuarenta años después celebramos esa edición, y con este homenaje subrayamos la importancia que tienen los diez tomos de

la biblioteca de periodismo de Banesco. Es una forma de llamar la atención, con un ejemplo prodigioso de nuestra bibliografía, sobre el arte de buscar en el pasado testimonios para pensar el presente. Martínez escogió 16 autores solamente, con la franqueza de que dejaba fuera la mirada de otros visitantes fundamentales que llegaron a estas costas. Ese es el destino infeliz de todas las antologías. Pero aun en la limitación de unas pocas firmas, brilla en las páginas de *Los testigos de afuera* el descubrimiento de un mundo por momentos más mítico que real, más imaginativo que documental.

El libro se abre con la crónica de una tragedia, la destrucción de Cubagua, narrada por el párroco Juan de Castellanos, y cierra con una historia de amor que se abre en un poema del escritor chileno Gonzalo Rojas, un exilado que ha pasado por muchas batallas y que busca en el sosiego de una urbanización caraqueña el reposo del guerrero. En el medio crecen textos que dan cuenta de una realidad exuberante y de costumbres que despiertan admiración y asombro entre quienes vienen de lejos. Marchas de tortugas sobre el Orinoco; lluvias de colibríes en Caracas; guerras de frutos secos en sobremesas señoriales; o monedas sin números y manantiales sin agua...

Tomás Eloy Martínez lanza en su prólogo una hipótesis. “Si los testigos de afuera contemplaron, en verdad, no la Venezuela real sino la que habían construido dentro de sí, ¿por qué no conjeturar que esa tierra ilusoria —llamada por algunos El Dorado y por otros el Paraíso— es la que resume, con mayor libertad, la imagen del país futuro, del confín donde la especie quisiera refugiarse al final de sus cataclismos?”. La respuesta la tiene el lector, que debe adentrarse en un mundo que cree conocer, pero que descubrirá de una manera absolutamente original.

—Sergio Dahbar



Viñeta, edición 1978

## Prólogo

---

Pocas tierras han sido tan pródigas en desencuentros como Venezuela. Cristóbal Colón, que la había vislumbrado durante meses en el cuadrante y en la brújula, no pudo verla cuando la descubrió: tenía los ojos dañados y “la sangre rota, nunca con tanto dolor como agora”. Carlos de Habsburgo imaginó que la provincia estaba condenada a un destino de pobreza, y la cedió a la casa Welser, cuyos emisarios la declararon feudo de pillaje e introdujeron la costumbre —a la que Oviedo y Baños vaticinó larga vida— de “atender más a los intereses presentes, aunque fuese destruyendo, que a las conveniencias futuras, conservando”. Lope de Aguirre quiso fundar en ella un gobierno alzado contra la ingratitud del Rey español, pero cuando organizó la libertad no supo hacerlo sino mediante vesanías y matanzas. Y sir Walter Raleigh, que se internó en el Orinoco a la caza de láminas de oro, encontró allí otras descomunales piezas de saqueo que le encendieron más la imaginación: vio casas en los árboles, semejantes a nidos de pájaros; admiró a rinocerontes enanos que portaban armaduras de hierro, y a indios sin cabeza, con el rostro en el pecho. Como Colón, Raleigh presintió que Venezuela era una orilla del paraíso terrestre a la que jamás llegaban la enfermedad ni la tristeza. Ambos, sin embargo, estaban tristes y apesados cuando lo escribieron.

Los incesantes desencuentros entre la realidad y los sueños acabaron por incorporar el país a la mitología de la aventura. Casi ningún viajero encontró lo que esperaba; la mayoría sintió que era el azar lo que gobernaba sus vidas, no los mapas ni el régimen de lluvias. Esas paradojas explican que las descripciones más veraces de Venezuela sean, a menudo, las de quienes imaginaron el país, no las

de quienes lo conocieron. Hasta en científicos tan minuciosos como Humboldt o el geólogo Leonard Dalton asoma la tentación de la fantasía. Verne, que —como Bioy Casares hace cuarenta años— no tenía de estas tierras otra visión que la de los libros, supo que solo extremando la imaginación acertaría a revelar su cara verdadera.

Así, la Venezuela que dibujaron los testigos de afuera en el curso de los siglos tuvo una desmesura física que se corresponde, línea por línea, con los excesos de su historia. La infinita marcha de las tortugas sobre el Orinoco que narró Verne, la lluvia de colibríes que Semple vio en Caracas, o el país de monedas sin números y de manantiales sin agua que alarmó a García Márquez pueden leerse, acaso, como metáforas del boato aldeano en que se sumió Guzmán Blanco, o de los discursos que jamás pronunció Juan Vicente Gómez o de las adivinaciones surrealistas que atraviesan la poesía de Ramos Sucre y los cuentos de Julio Garmendia.

Toda antología adolece de parcialidad y, puesto que establece una dirección de lectura, puede ser también incriminada como un acto de autoritarismo. Esas limitaciones han probado, hace ya tiempo, que son insolubles, y al antólogo no le queda otro descargo que proponer una lectura en diversos planos. De estos textos de viajeros han sido excluidas —para evitar que el libro fuera infinito— algunas contribuciones dignas de memoria. No están, por ejemplo, las relaciones de Colón, Alonso de Ojeda y Vespucci sobre la costa de Paria, ni las abundantes noticias de los cronistas Antonio de Herrera, Pedro Simón y Fernández de Oviedo sobre El Dorado. También faltan los intrincados juicios de residencia seguidos contra los Welser y las profusas memorias científicas que imitaron a las de Humboldt o las ahondaron. ¿Quién podría decir, no obstante, que la Venezuela de esos fragmentos es más perdurable que la detallada con minucia de iluminista por el párroco Juan de Castellanos, o más evidente que las invenciones caudalosas de Oviedo y Baños?

Otra antología podrá alguna vez componerse con las observaciones breves, regadas al pasar en las páginas de la prensa por viajeros circunstanciales como Faulkner, Onetti, Grotowski o Hermann Kahn. Una selección diversa es también posible a partir de las aventuras de David Nott en “el mundo perdido” o de las correrías de Henri Charrière en Güiría.

El método a que se atuvo esta compilación procura una coherencia de otra índole. Establecida la hipótesis de que los testigos de afuera contemplaron, en verdad, no la Venezuela real sino la que habían construido dentro de sí, ¿por qué no conjeturar que esa tierra ilusoria —llamada por algunos El Dorado y por otros el Paraíso— es la que resume, con mayor libertad, la imagen del país futuro, del confín donde la especie quisiera refugiarse al final de sus cataclismos?

La suma de estos fragmentos, que se abren con la narración de un desastre y se cierran con un poema de amor, puede leerse así como la novela de otro Colón que, por verificar la existencia de una tierra dorada, extinguió en la búsqueda todos sus sentidos hasta que por fin, teniéndola ante sí, y no pudiendo verla ni oírla, se entregó al bello ejercicio de convertirla en sueño.

—Tomás Eloy Martínez

## Juan de Castellanos

---

Juan de Castellanos imaginó que la eternidad asumiría para él la forma de un largo poema, en el que se compendiarían todas las ciencias y la historia de las Indias. Consagró a escribir más de quince años. Había nacido en Alanís, Sevilla, en 1522. Apenas alcanzó la adolescencia, recorrió en estado de aventura buena parte de las islas antillanas, desde Aruba a Curazao, de Santo Domingo a Puerto Rico, hasta establecerse en Cubagua y Margarita. Hacia 1560 puso fin a la vida de soldado y emprendió la de párroco, en Tunja, donde la reflexión y el ocio le dieron tregua suficiente para componer la obra en verso más extensa de la lengua española (unas 150 mil líneas, según el cálculo de Isaac J. Pardo).

*Elegías de varones e ilustres de indias*, publicada en Madrid en 1589, ha sido víctima constante del menosprecio de los críticos. No sin razón. Los ripios de los que adolece son abrumadores; para concretar las rimas los versos se estiran, acumulando palabras huecas; la minucia de las descripciones es abusiva hasta la manía. Y sin embargo, la obra sigue viva acaso porque la pasión de Castellanos por la memoria, la avidez con que registra todo lo que ha visto, oído y leído, han logrado que su Elegía sea un testigo que ya no puede soslayarse. La fuente de los mitos, los primeros paisajes botánicos y zoológicos, la crónica cotidiana de los conquistadores: todo está aquí, como un pesado aluvión. Ciertos fragmentos, por lo demás –en particular, los que corresponden a la muerte de Lope de Aguirre y el terremoto que destruyó Cubagua–, han preservado su intensidad dramática original. El fragmento que aquí se copia es, precisamente, el que abre la historia del terremoto.

Castellanos, que compensó con una larga inmovilidad la agitación de sus primeros años, murió en Tunja, “beneficiado de la parroquia”, en 1607. “La destrucción de Cubagua”, fue tomada de *Elegías de varones ilustres de Indias*, edición de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1969: Volumen 57.

EN CARACAS DE  
O NAVAS SPÍNOLA

NUENA YORK · MCMXLI



*Handwritten cursive text in green ink, partially visible at the bottom of the page.*

# LA DESTRUCCIÓN DE CUBAGUA

---

Sería por el año de cuarenta  
Y tres con el millar y los quinientos,  
Cuando cierta señal nos representa  
Bravos y furiosos movimientos:  
Siguióse después desto tal tormenta  
Que hizo despertar los soñolientos,  
De todos los vientos rigurosa guerra,  
Y el mar mucho más alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,  
Y con tan grandes ímpetus venía,  
Que el mas entero brío se quebranta,  
Y el ánimo mas fuerte mas temía:  
Ruido temeroso se levanta  
Que de la mar y tierra procedía,  
Sobrevino la noche muy oscura,  
Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente  
Que tuviese seguro de su vida,  
Porque la calle va como creciente  
De ríos con furor de la venida;  
En las casas no puede parar gente  
Por los amenazar con su caída,  
Y lo que mas seguro parecía  
Peligro, mal y muerte prometía.

Bien así como cuando por acechos  
Siguen del delincuente las pisadas,  
Que con bastantes armas y pertrechos  
Le tienen las salidas ocupadas;  
Y aquí le ponen lanzas á los pechos,  
Y allí ni mas ni menos las espadas,  
El cual siendo de tantos rodeado  
No sabe qué hacerse de turbado;

Saliannos así desta manera  
Aquí y allí peligros al encuentro,  
Pues era grande riesgo salir fuera,  
Peligro de la vida quedar dentro:  
Tiembla la isla toda donde quiera  
Por aire conmovida desde el centro,  
Aquel que poseía mejor suerte  
Estaba ya gustando de la muerte.



## José de Oviedo y Baños

---

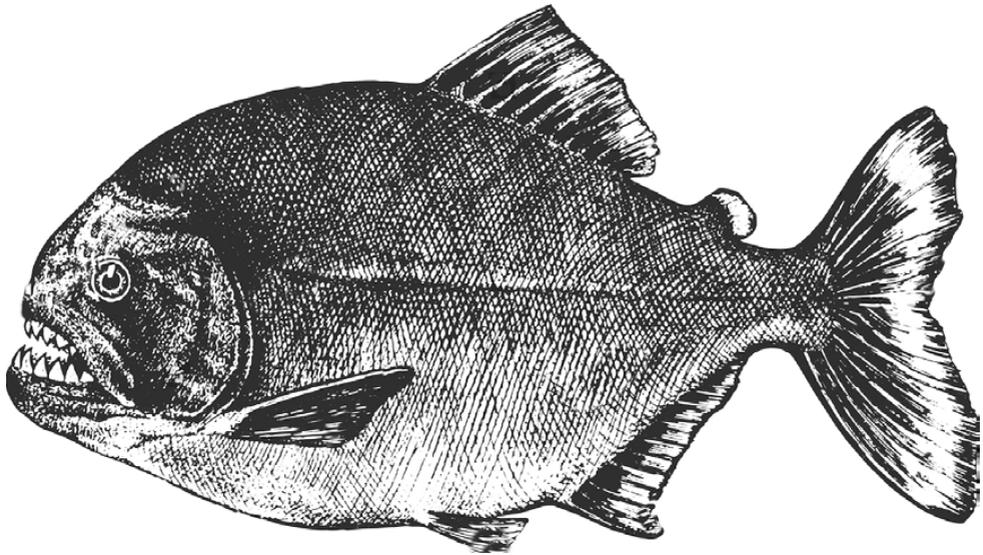
**E**s de esa rara especie de viajeros que no pertenecen a ninguna parte (quién dirá con propiedad que es colombiano si nada lo une a ese país, salvo el hecho de haber nacido en Bogotá en 1671), pero ese azar del nacimiento más los años de formación que vivió en Lima le impidieron ser venezolano por completo, aunque permaneciera 52 años en Caracas y allí muriera, el 22 de noviembre de 1738.

Los comentaristas de la literatura lo excluyen, porque su obra mayor, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, publicada por primera vez en Madrid, en 1723, adhiere desde el título a una disciplina no literaria. Y a su vez, los historiógrafos lo condenan por las oscuridades e inexactitudes en que abunda. Eduardo Arcila Farías anotó que otra ambigüedad de su fama deriva de que nació entre dos siglos, y su escritura fue tan afectada por la influencia del gongorismo como por los primeros brotes de la Ilustración.

Conviene saltar ya por sobre todas las distinciones académicas entre los géneros y señalar que Oviedo y Baños fue el primer novelista verdadero de América y uno de sus poetas más iluminados. No conocía otros límites que los de la imaginación. Redujo el tamaño natural de Venezuela al de una provincia de doscientas leguas, situada entre el morro de Unare y el cabo de la Vela; pero acrecentó la estatura de los personajes reales, sumiendo a Lope de Aguirre en los desgarramientos de un amor filicida y adornando a las imágenes de los templos con aureolas de avispas y tinturas de polen.

Los dos fragmentos seleccionados para este libro han sido citados y reproducidos con frecuencia, acaso porque en las letras españolas del siglo XVIII hay pocos que se les acerquen en nobleza e intensidad. Sería inexcusable no proponer su relectura. Uno de ellos refiere la muerte de Martín Tinajero, soldado de “natural modestia”, en estado y olor de santidad; el otro narra la fundación de la ciudad de Caracas por Diego de Losada, e incluye una descripción del valle que sigue suscitando el deslumbramiento.

Los textos que aquí se presentan fueron tomados de la edición que hizo Monte Ávila en 1972 para la Biblioteca Popular El Dorado, copia facsimilar de la que Domingo Navas Spínola terminó en su imprenta de Caracas, en 1824.



# FUNDA LOSADA LA CIUDAD DE CARACAS

---



UNQUE LOSADA HABÍA ESTADO SIEMPRE EN ÁNIMO DE NO POBLAR HASTA TENER PACIFICADA LA PROVINCIA, CONOCIENDO, POR LA OBSTINACIÓN QUE EXPERIMENTABA EN LOS INDIOS, LO DILATADA QUE IBA SU CONQUISTA PARA PODER CON MÁS COMODIDAD, y conve-

niencia conseguirla, y tener en cualquier adverso accidente segura la retirada, se resolvió á fundar una ciudad en el valle de San Francisco, á quien intituló, Santiago de Leon de Carácas, para que en las cláusulas de este nombre quedase la memoria del suyo, el del Gobernador, y la provincia; y hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbra, señalado sitio para la iglesia, y repartidos solares á los vecinos, nombró por Rejidores á Lope de Benavides, Bartolomé de Alamao, Martin Fernandez de Antequera, y Sancho del Villas, que juntos en Cabildo, eligieron por primeros Alcaldes á Gonzalo de Osonio, sobrino de Losada y á Francisco Infante.

El día en que Losada ejecutó esta funcion es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis diligencias para averiguarlo con certeza, pues no hay persona anciana que lo sepa, ni archivo antiguo que lo diga; y cuando pensé hallar en los libros de Cabildo expresa con claridad esta circunstancia, habiéndolos reconocido con cuidado los encontré tan diminutos, y faltos de las noticias de aquellos primeros años, que los papeles mas antiguos que contienen son del tiempo que

governó D. Juan Pimentel: descuido ponderable, y omisión singular en fundación tan moderna! El Maestro Jil González (a) (discurso que gobernándose por el título de la ciudad) asegura fué su fundación dia de Santiago; pero no dudo erraria el dia quien con tanta claridad erró en el año, pues pone esta fundacion hecha el de quinientos y treinta: cosa tan irregular, y sin fundamento, que dudo el que pudo tener autor tan clásico para escribir tal despropósito; y asi, dejando esta circunstancia en la incertidumbre que hasta aqui, pues no hay instrumento que la aclare, pasaremos á dar noticia del estado á que ha llegado esta ciudad de Carácas.

En un hermoso valle, tan fértil como alegre, y tan ameno como deleitable, que de Poniente á Oriente se dilata por cuatro leguas de lonjitud, y poco más de media latitud, en diez grados y medio de altura septentrional, al pie de unas altas sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen del mar en el recinto que forman cuatro rios, que porque no le faltase circunstancia acreditarla paraíso, la cercan por todas partes, sin padecer sustos de que la aneguen: tiene su situación la ciudad de Carácas en un temperamento tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que lo escojió la primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frio molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno aflijen: sus aguas son muchas, claras y delgadas, pues los cuatro rios que la rodean, á competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias del verano, en el mayor rigor de la canícula mantienen su frescura, pasando en el Diciembre á mas que frias: sus calles son anchas, largas, y derechas, con salida, y corresponden-

cia en igual proporción á todas partes; y como están pendientes, y empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos: sus edificios los mas son bajos, por recelo de los temblores, algunos de ladrillo, y lo común de tapias, pero bien dispuestos, y repartidos en su fábrica: las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines, y huertas, que regadas con diferentes acequias, que cruzan la ciudad, saliendo encañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año; hermosea la cuatro plazas, las tres medianas, y la principal bien grande, y en proporción cuadrada.

Fuera de la innumerable multitud de negros, y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles, y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran, y otros muchos caballeros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus criollos son de agudos, y pronto ingenios, corteses, afables, y políticos; hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los mas puertos de las Indias; y por lo venenoso del clima son alguno contrahecho, ni con fealdad disforme, siendo su jeneral de espíritus bizarros, y corazones briosos, y tan negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer, y escribir; y en lo que mas se extreman es en el agasajo con que tratan á la jente forastera, siendo el agrado con que la reciben atractivo con que la detienen, pues el que llegó á estar dos meses en Carácas, no acierta después á salir de ella: las mujeres son hermosas con recato, y afables con señorío, tratándose con tal honestidad, y tan gran recojimiento, que de milagro entre la jente ordinaria se ve alguna cara blanca de vivir escandaloso, y esa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ultraje, y desprecio con que la tratan las otras. 

# AMOR DE LAS ABEJAS POR MARTÍN TINAJERO

---



**ESPEDIDO FEDERMAN PARA CORO, SALIÓ MARTÍNEZ PARA LA SERRANÍA, EXPERIMENTANDO DESDE LUEGO EL TRABAJO ORDINARIO DE NO TENER BASTIMENTOS; Y COMO PARA REMEDIARLO FUESE NECESARIO DESPACHAR TODAS PARTES Á BUSCAR ALGÚN SOCORRO;**

sucedió, que habiendo salido de soldados, se le murió en el camino, de enfermedad que padecía, y no daba a entender su sufrimiento, Martín Tinajero, natural de Ecija en la Andalucía, hombre, que viviendo siempre sin agraviar á nadie, se había mantenido con natural modestia entre los desórdenes que trae consigo la milicia: enterrándolo los compañeros en un hoyo de los que con el invierno había hecho el agua en una de las ramblas por donde corría, y con las semillas que pudieron recoger dieron la vuelta al campo, que por ir esperando á Federman caminaba poco a poco deteniéndose en aquel contorno, á cuya causa, pasados algunos días, se vió obligado Martínez á despachar otra escuadra de soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que habian enterrado a Tinajero que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron ver si los indios lo habían desenterrado; pero antes de acercarse, á gran distancia se hallaron acometidos de una fragancia tan suave, y un olor tan singular, que suspensos ignoraban la causa á qué atribuir tan maravilloso efecto, hasta que

aplicando la vista hácia la rambla, reconocieron estar medio descubierto el cuerpo de Tinajero, de cuyo yerto cadáver se exhalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres avejas se habian apoderado, para dar clausura de aromas entre aquellas fragancias a su miel; y no osando los compañeros tocar el cuerpo; admirados, se volvieron para el real, donde referido el prodijio, hicieron todos memorias de la modestia y costumbre, que siempre habían observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira mas en descubrir riquezas, que en averiguar milagros, hicieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle á aquel cuerpo mas decente sepultura ni aun señalar la parte, por memoria, donde dejaban aquel tesoro escondido. 🌀

# Alexander Von Humboldt

---

**A**lexander von Humboldt (Berlín, 1769/1859) es una de las raras figuras verdaderamente mitológicas de la civilización venezolana. Cuando inició su expedición por el país, en julio de 1799, ya había acumulado un prestigio considerable por sus estudios botánicos y físicos, por la armonía que advirtió en el conjunto de la naturaleza –y que acabaría influyendo sobre Darwin– y por su condición de individuo emancipado, a la esclavitud del hombre y a la injusticia.

Los viajes por América marcan en su vida una división de aguas. Es al regresar a Francia cuando emprende su estudio sobre las isotermas y difunde en los círculos científicos algunas de sus conclusiones más originales, como la disminución de la intensidad del campo magnético terrestre entre el Polo y el Ecuador y la línea de comunicaciones fluviales que une las cuencas del Orinoco y del Amazonas. Al mismo tiempo, permeable aún a la influencia francesa –que había hecho de él, a fines del siglo XVIII, un revolucionario, racionalista y materialista–, deriva hacia el humanismo liberal. Su credo, según Charles Minguet, podía resumirse en “libertad para todos, como condición esencial del progreso; igualdad de todos ante la ley y ante las oportunidades que ofrece la vida; instrucción ampliamente extendida a todas las clases sociales; importancia de los estudios científicos y técnicos para el desarrollo de la humanidad; afirmación de una completa tolerancia entre hombres y pueblos”.

Humboldt distribuyó en cuatro obras mayores sus observaciones sobre Venezuela: *Relación histórica del viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, hecho entre 1799 y 1804 (publicado en París, 1814-1825); *Repertorio de observaciones barométricas* (1808-1811); *Repertorio de observaciones de zoología y de anatomía hechas en el Océano Atlántico, en el interior del Nuevo Continente y en el Mar*

*del Sur* (1805-1833), y *Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente*, basado en observaciones astronómicas, medidas trigonométricas y nivelaciones barométricas (1814).

Sus cartas, menos divulgadas, tienen sin embargo una estatura similar a la de esos tratados espectaculares: Miguel S. Wionczek calcula que su número superó las treinta mil, si bien la mayoría se perdió por la inseguridad de las guerras napoleónicas. Las que sobreviven son modelos de documentos científicos o –como en el caso de las destinadas a su hermano Wilhelm– revelaciones admirables de la impresión que sobre el espíritu de Humboldt produjo la naturaleza equinoccial y la vida oscura de las colonias.

Algunos textos clásicos, desprendidos de sus tratados, hubieran servido de manera ejemplar a los fines de este libro. Basta recordar su viaje por el río Apure hasta las colinas de Coruato, que incluye descripciones de serena belleza (“Era una noche tranquila y clara. La luna brillaba magnífica. Los cocodrilos permanecían echados en la orilla de tal manera que podían ver el fuego”). O señalar también sus “Observaciones sobre la anguila eléctrica”, un texto que fascinó a Benjamin Péret, André Bretón y a toda la corte de surrealistas. La selección de cartas que Humboldt escribió a su hermano Wilhelm el día anterior a su partida de Venezuela tiene, en cambio, un valor a la vez simbólico y humanístico. Es, por un lado, el menos científico de sus escritos: se extiende más bien en una serie de consideraciones personales sobre su salud y la de Aimé Bondpland, y en reflexiones sobre el funcionamiento de la sociedad colonial. La que sigue fue tomada de *El Humboldt venezolano*, edición del Banco Central de Venezuela, Caracas, 1977. La compilación y versión de esos textos es de Miguel S. Wionczek, el prólogo fue escrito por Jaime Labastida; la presentación, por Luis Pastori.



# CARTA A SU HERMANO WILHELM

---



**O ME CANSO DE REPETIRTE CUÁN FELIZ ME ENCUENTRO EN ESTA PARTE DEL MUNDO, A CUYO CLIMA ME HE HABITUADO DE TAL MODO QUE ME PARECE NO HABER NUNCA HABITADO EN EUROPA.** Quizá no existe país alguno en todo el universo donde pueda vivirse de una

manera más agradable y tranquila que en las colonias españolas que desde hace quince meses recorro. El clima es muy salubre, y el calor empieza a hacerse intenso sólo en la mañana a eso de las 9 de la mañana, no durando sino hasta las 7 de la noche. Por la noche y la mañana hace mucho más fresco que en Europa. La naturaleza es rica, variada, inmensa y majestuosa más allá de lo que es posible decir. Los habitantes son apacibles, buenos y comunicativos, indolentes e ignorantes en verdad, pero sencillamente y sin pretensiones.

Ninguna situación podía ser más provechosa para el estudio y las investigaciones que esta en la que actualmente me encuentro. Las distracciones que en los países civilizados provienen del trato con el hombre no me distraen en nada aquí; y por el contrario, la naturaleza me ofrece sin cesar cosas nuevas e interesantes. Lo único que en esta soledad podría echar de menos es el permanecer extraño a los progresos de la civilización y la ciencia en Europa, y el estar privado de las ventajas resultantes del intercambio de ideas. Y aun si eso fuera motivo de desear pasar aquí toda la existencia, podría-

se pasar entonces algunos años de la manera más agradable. El estudio de las diversas razas humanas mezcladas entre sí, de los indios y más que todo de los salvajes, es por sí mismo bastante laborioso para ocupar al observador. Entre los habitantes de este país originarios de Europa deseo sobre todo ocuparme de los colonos que habitan en el país. Ellos han conservado toda sencillez de las costumbres españolas del siglo XV; y hállanse con frecuencia en ellos rasgos de humanidad y los principios de una verdadera filosofía, que en vano se busca a veces entre las naciones que consideramos cultas. Por estas razones me será difícil abandonar esta región y visitar las colonias ricas más pobladas. Encuéntrase allí a la verdad más medios de instruirse, pero a menudo topa uno con hombres que, teniendo siempre en los labios hermosas máximas filosóficas, desmienten con sus acciones, no obstante, los primeros principios de la filosofía, maltratando sus esclavos con el Raynal a la mano, y hablando con entusiasmo de la importancia de la causa de la libertad mientras que venden los hijos de sus negros a pocos meses de su nacimiento. ¡Qué desierto no sería preferible a la comunicación de tales filósofos!

He penetrado en el interior de la región desde las costas de Puerto Cabello y desde el grande lago de Valencia a través de los Llanos y allende el río Apure, hasta las fuentes del Orinoco, y hasta el río Negro, bajo el Ecuador; he recorrido el inmenso país entre el Orinoco y el río de las Amazonas, y entre Popayán y la Guayana; país al que los europeos no han vuelto desde 1766, y donde solamente habitan alrededor de 1.800 personas más acá de las cascadas en suerte de aldeas. Dos veces vi las cascadas. He tornado de San Carlos de Río Negro a Guayana. En razón de la velocidad del río hemos recorrido en veinticinco días, incluidos dos días de descanso, una distancia

de 500 millas francesas. Determiné la latitud y la longitud de más de 50 localidades, hice muchas observaciones sobre la entrada y salida de los planetas, y publicaré un mapa exacto de este inmenso país, habitado por más de 200 tribus indígenas que en su mayor parte todavía no han visto ningún blanco y que poseen lenguas y culturas diferentes.

Me he sobrepuesto a todas las dificultades de estos viajes penosos. Durante cuatro meses sufrimos cruelmente de la lluvia, de los terribles mosquitos y de las hormigas, y sobre todo del hambre. Hemos dormido de continuo en los bosques; bananos, yuca y agua, y a veces un poco de arroz, ha sido toda nuestra alimentación.

Mi amigo Bondpland fue puesto a prueba, mucho más que yo, por las consecuencias de nuestras excursiones. Después de nuestra llegada a Guayana tuvo vómitos y una fiebre que me hizo temer por él. Fue probablemente la mala influencia de una alimentación a la que hacía tiempo no estábamos habituados. Viendo que en la ciudad no se restablecería, lo llevé a la casa de campo de mi amigo Don Félix Farreras, a 4 millas del Orinoco, en un valle un poco más elevado y bastante fresco. En este clima tropical no hay remedio más expedito que el cambio de aires, y fue así como en pocos días se restableció la salud de mi amigo. No puedo describirte la inquietud en que me hallé durante su enfermedad: nunca hubiera vuelto a encontrar un amigo tan fiel, activo y valeroso. Dio pruebas de una resignación y de un valor admirables en nuestros viajes cuando estábamos cercados de riesgos entre los indios, y en los desiertos atestados de cocodrilos, serpientes y tigres. Jamás olvidaré su solícita adhesión, de que me dio la mayor prueba en una tormenta que nos asaltó el 6 de abril de 1800 en medio del Orinoco. Ya estaban llenos de agua dos tercios

de nuestra piragua, y los indios que estaban con nosotros comenzaban a arrojarse al agua para alcanzar la orilla a nado. Mi generoso amigo me suplicó siguiese su ejemplo y me ofreció salvarme así.

La suerte no quiso que perezásemos en aquel desierto, en que, a diez millas a la redonda, ningún hombre hubiera descubierto nuestra perdición ni el menor vestigio nuestro. Nuestra situación era verdaderamente espantosa: la orilla estaba a más de media milla distante de nosotros, y cierto número de caimanes se distinguían medio a flote sobre el agua. Aun cuando hubiéramos escapado del furor de las olas y de la voracidad de los caimanes, y llegado a tierra firme, habríamos sido presa del hambre o de los tigres; porque las selvas son tan espesas en estos ribazos, y entrelazadas con tanto bejuco, que es absolutamente imposible penetrar en ellas. Apenas podría el hombre más robusto franquear una milla francesa en veinte días, hacha en mano. El río mismo es tan poco frecuentado, que es fortuna que venga a aquel lugar una canoa indígena en el transcurso de dos meses. En el momento más peligroso y crítico, un empuje de viento hinchó la vela de nuestra navecilla y de una manera increíble nos salvó. Sólo perdimos algunos libros y comestibles.

¡Cuán dichosos nos sentimos en la tarde, después de haber saltado a tierra, sentados juntos sobre la arena y tomando nuestra cena, sin que faltase ninguno de nosotros! La noche estaba sombría, y la luna no apareció más que un instante entre las nubes arrastradas por el viento. El religioso que estaba con nosotros dijo su oración a San Francisco y a la Santa Virgen. Todos los demás estaban embargados de profundos pensamientos y preocupados por el porvenir. Estábamos todavía al norte de los grandes raudales que teníamos que pa-

sar dentro de dos días, y nos lo había enseñado la experiencia, podría zozobrar facilísimamente. Esta inquietud no duró, sin embargo, sino una noche. El día siguiente fue bellissimo, y la calma y serenidad que se extendieron sobre toda la naturaleza, retornaron también a nuestras almas. En la mañana encontramos una familia de caribes que venía de la embocadura del Orinoco en busca de huevos de tortuga, y había emprendido este espantable viaje de 200 millas más por placer y amor a la caza que por necesidad. Esta sociedad nos hizo olvidar por completo todas nuestras tribulaciones...

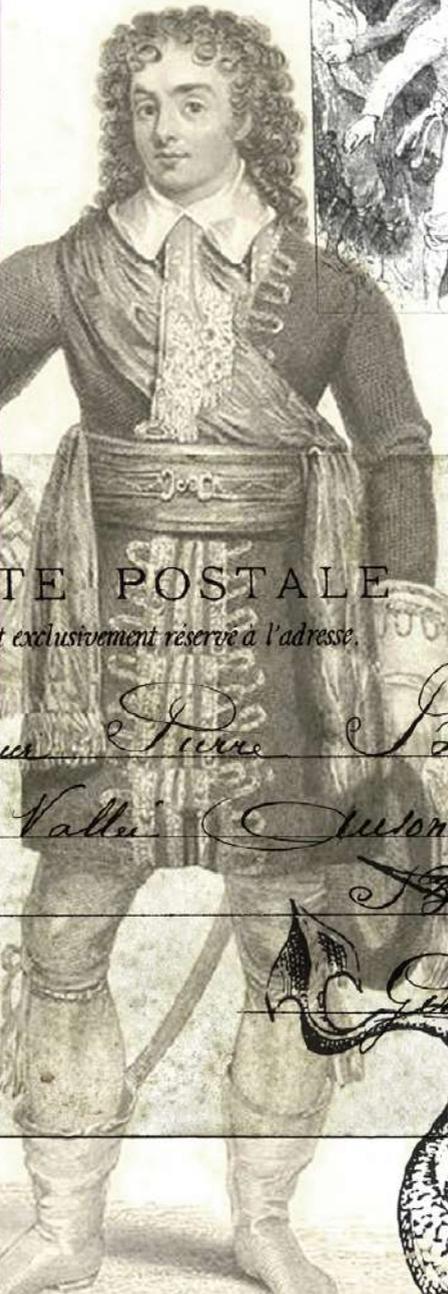
Después de un mes de permanencia en Guayana, tomamos de nuevo el camino para los Llanos, para llegar a Barcelona o Cumanagotos. Ya habíamos atravesado, en el mes de enero, esa región. Entonces habíamos sufrido mucho de polvo y de la escasez de agua, y a menudo teníamos que hacer un rodeo de tres o cuatro millas para encontrar un poco de agua estancada.

Esta vez era la estación de las lluvias, y sólo con dificultades podíamos adelantar en las llanuras inundadas. Durante esa estación del año se asemeja este país al Bajo Egipto. 🌀

**CUMANÁ, 17 DE OCTUBRE DE 1800**

**HUMBOLDT**

# SUPERB ORÉ



## CARTE POSTALE

\* Ce côté est exclusivement réservé à l'adresse.

Monsieur Pierre Pédin

Vallée d'Aoste

France

Grande



## Robert Semple

---

**D**e todos los testigos de afuera, Robert Semple es el de temperamento más simple y elocución más compleja. El *Bosquejo del estado actual de Caracas*, publicado en 1812, pretendía sobre todo ser un manual de consulta para otros hombres de negocios, y no una descripción de las condiciones sociales o de la fauna venezolana, a menos que tuviera algún significado comercial. “Soy un viajero, y no puedo hacer sino breves bosquejos al pasar”, explica. Y sin embargo, es preciso leer sus textos en la dirección que más tarde asumió su vida: hombre de aventura y de coraje, pareció encontrarse a sí mismo cuando ingresó como funcionario de la Hudson Bay Company y trabajó por el afianzamiento de las factorías que la empresa levantaba en Winnepeg. Las condiciones eran ásperas y los combates contra las incursiones indígenas, casi cotidianos: Semple pereció en uno de ellos, hacia 1824.

Su escritura parece contradecir esa vida y sumirse sin conflictos en una absoluta falta de imaginación. Sin embargo, es la prudencia comercial la que impide a Semple “dibujar los caracteres de los actuales dirigentes de Venezuela”, y a la vez, abundan los momentos en que quiere zafarse de las cárceles formales que se ha impuesto a sí mismo y decretar –como ya le observaban con reproche en 1812– que para él “un día de lluvia constituye un clima lluvioso o una procesión pública basta para designar a los pueblos como demasiado devotos”. A medio camino entre la sensatez comercial y la tentación de la poesía, Semple logró elaborar una obra modesta cuya persistencia deriva más de lo que insinúa que de lo que dice.

El fragmento que aquí se ha elegido refiere la travesía La Guayra-Caracas, que hasta 1810 no había sido hecha “por ningún europeo de alguna significación”. Fue tomado de la edición de *Bosquejo* hecha por el Grupo Montaña en Caracas, 1964, con versión castellana y prólogo de José Nucete Sardi.



# CAMINO DE LA GUAYRA A CARACAS

---

A large, stylized, white letter 'H' is centered within a dark gray square. The 'H' has a classic, slightly ornate design with thin vertical stems and a horizontal crossbar.

**ABÍA OÍDO HABLAR MUCHO DE LO MALO DEL CAMINO DE LA GUAYRA A CARACAS, Y TAMBIÉN SABÍA QUE SE LE CONSIDERA, DESDE EL PUNTO DE VISTA MILITAR, COMO UNA DEFENSA DE LA CAPITAL.** Con el fin de conocerlo mejor y apreciar la naturaleza de tal defensa,

resolví ir a Caracas a pie, lo que –según entiendo– no lo había hecho antes ningún europeo de alguna significación.

Supongo que por lo extraña de esta determinación fue que me detuvieron a la salida. El mulato que me servía de guía llevaba, entre otras cosas, un portafolio en el cual había puesto yo algunos dibujos de Morland, los que según parece, alarmaron mucho al oficial de color que estaba de guardia, de modo que este ordenó que me detuvieran hasta que el referido portafolio fuera examinado por el Comandante de la Plaza, quien casualmente se encontraba en La Guayra y dio orden al momento para que me dejaran continuar mi viaje. En una distancia de una milla más o menos el camino corre paralelo a la playa hasta Macuto, limpia y placentera aldea situada a la orilla del mar, donde tienen residencias casi todos los habitantes ricos de La Guayra. En este sitio las montañas se separan un poco de la costa, dejando abierto un corto espacio en realidad más apropiado para el puerto que el sitio donde este se halla. Creo que Macuto con el tiempo excederá a La Guayra en tamaño, como ya la supera en limpieza y regularidad. Al

pasar más allá de Macuto el camino tuerce a la derecha y empieza la subida. El suelo al principio es arcilloso o fangoso, y continúa así hasta cierta altura considerable, donde comienzan las partes empedradas; sin estas, la vía sería completamente intraficable durante las épocas de lluvias. En todos los sitios más escarpados el camino se une en zigzags, y tiene partes tan angostas que dos mulas cargadas no pueden pasar al mismo tiempo, pues ambos lados se hallan bordeados de bancos rocosos.

Al viajero que le acontece encontrarse por estos parajes con un arreo de mulas cargadas de tablas, le sobrecoge el temor, pues las tablas llenan el camino de un lado a otro y, en este caso, se vuelve o tiene que avanzar con las mayores precauciones, siempre a riesgo de romperse las costillas con los trozos de madera en bruto que a cada movimiento de las mulas hacen surcos en el camino.

Continuamos el ascenso. Al borde del camino yacía una imagen de piedra sin cabeza sobre una destartada rastra, que con gran dificultad había sido llevada hasta allí. Al parecer, por lo difícil del transporte prescindieron de la empresa, pues dicha imagen hacía meses que permanecía en ese lugar. La cabeza, según me dijeron, ya estaba en Caracas, donde esperaban con impaciencia la llegada del cuerpo para unir las dos partes y exponer la imagen a la veneración de los fieles. El abandono de esta imagen al borde del camino es la demostración más clara de lo dificultoso de la ruta. En muchas partes esta subida pierde su aspecto arcilloso para ofrecer trayectos de rugosas piedras, que no parecen puestas allí por la mano del hombre, sino que se han formado por la naturaleza del suelo. A una altura de mil pies más o menos, empieza uno a respirar un aire fresco y puro. Volvimos la cabeza para

mirar el maravilloso panorama de Macuto y todo el litoral a nuestros pies. Distinguimos las bandas de blancos alcatraces revoloteando sobre la costa y escuchamos el ruido que hacen al volar y que a la altura en que nos encontrábamos, se apagaba en la montaña como un murmullo sordo entre los árboles. Estábamos frente a una alta colina rocosa, llena de verdura y el profundo abismo que nos separaba aparecía obscurecido por los árboles.

Aquí y allá hay sitios despejados, en otros hay siembras que para el ojo experto son de café, cacao o maíz. También pasamos, de cuando en cuando, frente a pobres chozas donde los arrieros acostumbran detenerse para tomar algo. Continuamos ascendiendo y las montañas se elevaban altísimas frente a nosotros, hasta llegar a un puente levadizo tendido sobre un corte profundo que se abre en el estrecho desfiladero por donde vamos. A ambos lados vemos valles hondísimos donde abundan grandes arboledas y espesa vegetación a través de la cual no hay caminos. Este sitio se encuentra defendido por dos o tres cañones y unos pocos soldados y resulta para cualquier enemigo el primer obstáculo militar. En su estado actual esta defensa no tiene nada de formidable, pero con un poco de mayor atención podría ponerse en tal estado.

Después de que uno pasa este lugar, la subida continúa tan pronunciada que las mulas y hasta los mismos peatones tienen que ir zigzagueando. Y aun esto se hace con dificultad cuando ha llovido o hay mucha neblina, a causa de las piedras lisas que forman el pavimento del camino. Pero se siente un cambio de clima tan grato que se olvidan todas las dificultades. Nunca había respirado un aire más fresco en los trópicos. Como no sentía el calor sofocante de la costa, donde el menor movimiento es causa de un sudor excesivo, aligeré

el paso por gusto pensando en Inglaterra. Eran las cuatro de la tarde cuando llegué a La Venta, especie de posada en una casa a medio camino entre el puerto y Caracas. Su situación está como a tres mil seiscientos pies ingleses sobre el nivel del mar, y en esta altura nunca el calor es fuerte. Después de cenar y luego que bebimos a grandes sorbos una deliciosa agua fría, me acosté y dormí sin que el calor ni los mosquitos me molestaran. Pero como todavía sentía el cuerpo acalorado por efecto de la caminata y la comida, no me apercibí de que en la cama no había con qué arroparme, de modo que a media noche tuve que levantarme tiritando de frío y sorprendido de aquella sensación tan inesperada. A las tres de la mañana, con una luna clarísima que iluminaba cielo y tierra, continuamos nuestro viaje, pues aún nos quedaba parte por subir, aunque lo peor del camino lo habíamos pasado ya. Una hora más tarde pasamos el sitio más elevado del trayecto para internarnos en una serranía de dos o tres millas de extensión, antes de iniciar la bajada hacia el valle de Caracas. En dicha altura está situado un fuerte que completa la defensa militar por el lado de La Guayra y que es visible solamente desde ciertos puntos del monte y no nos dimos cuenta de la existencia del fuerte. Cuando pasamos la serranía y descendíamos hacia Caracas, el día comenzó a clarear. Jamás había contemplado algo más interesante. Tenía ante mis ojos un valle en declive rodeado de altos montes, como de veinte millas de extensión, y al fondo, señalado por una extensa línea de nieblas, un pequeño río bordea el valle, en tanto que grandes nubes que por todas partes ponían su nota de blancura sobre las colinas, empezaban a recibir los primeros rayos del sol. Al frente estaba la ciudad de Caracas, de la que solo se distinguían las torres de las iglesias emergiendo entre las nie-

blas matutinas. Pronto comencé a oír repiques de campana, pues aunque todavía me quedaban cuatro millas que andar por el camino, la distancia en línea recta no era mayor de una milla, al parecer. Al pie de la colina hay una puerta y allí están estacionados varios guardias y oficiales que se ocupan en examinar los permisos para las mercancías y, en veces, los pasaportes de los extranjeros. Pero entre esta puerta y la ciudad, a la que llegamos cerca de las seis de la mañana, queda un espacio abierto. Luego que pasé las primeras casas me sorprendió la limpieza y la regularidad de casi todas las calles, de buen piso y en condiciones muy superiores a todo lo que había visto hasta entonces en las Antillas. En la principal posada y hospedería, a cargo de un genovés, encontré todas las comodidades que razonablemente podían esperarse, además de que durante varios días la sensación constante de frescura, a la hora del alba como en los atardeceres, lo mismo que durante las noches, era en sí un lujo que para mí parecía tener el encanto de una novedad, y esta circunstancia no permitía quejas de ninguna clase. 🌀

## Louis-Philippe, Conde de Ségur

---

**L**ouis-Filipe, Conde de Ségur escribió sus *Memoires, ou souvenirs et anecdoques* en 1824, cuando acababa de sobrepasar los setenta años, y era uno de los liberales más respetados de Francia. Pero el viaje a Venezuela que allí refiere data de 1784. Volvía entonces de combatir por la causa de la independencia norteamericana junto a los voluntarios de Rochambeaux, y estaba en vísperas de ser designado embajador ante la corte de Catalina la Grande.

Abrazó, como era previsible, la defensa de la monarquía francesa, y padeció por ello un breve confinamiento en Chatenay del que brotó su obra más notable, *Cuadro histórico y político de Europa desde 1786 hasta 1796*, publicada en 1801. Luego, durante el imperio napoleónico, fue abrumado de honores. Le confirieron la Gran Cruz de la Legión de Honor y le acordaron un sillón en la Academia. Perdió su privilegio luego de la abdicación del emperador; los recuperó durante los Cien Días y volvió a perderlos. Debió esperar hasta 1819 para ser admitido nuevamente como par de Francia. Ese año marcó el fin de sus contiendas públicas y su entrega definitiva a la escritura. Compuso algunas comedias y cuentos triviales que fueron excluidos de sus obras completas. Persistieron allí, en cambio, sus textos graves, entre los que desentonan, por la espontaneidad de la escritura y el humor de las observaciones, estas ya olvidadas “Memoires”. Murió el 27 de agosto de 1830.

La traducción es propia, hecha sobre la quinta edición de *Memoires ou Souvenirs et Anecdotes*, tomo I, edición de Didier Libraire Editeur, París, 1844.



# LA BATALLA DE LOS GRANOS DE ANÍS

---



**UEGO DE PERMANECER VEINTICUATRO HORAS EN LA VICTORIA, PARTIMOS AL ENCUENTRO DE CARACAS, QUE DISTA UNAS CATORCE LEGUAS. COMPLETAMOS EL TRAYECTO EN DOS DÍAS.** Uno podría imaginar que, al aproximarse a la capital de un país, encontraría a cada

paso la naturaleza embellecida por el arte, que se verían más casas, más rastros de cultura, más comercio, y más vida y civilización.

Pero advertimos todo lo contrario, después de atravesar algunas planicies fértiles en índigo y café, y campos de maíz, entramos en montañas más escarpadas y en bosques más salvajes de los que conocíamos en la ruta de Puerto Cabello a Valencia. La única ventaja del camino era su mejor trazado y su condición menos peligrosa.

En los Valles, sucumbíamos bajo el peso del calor: sobre los cerros, nos mordía un frío para el que nuestros abrigos resultaban insuficientes. La noche era de una humedad tan cruel que cuando torcíamos las mantas, brotaba de ellas agua en abundancia. Esas montañas son solo un poco menos altas que las imponentes cordilleras, de las que constituyen una rama. Al caer las tinieblas nos inquietaban los rugidos de los tigres y de los leones; y en la mañana nos aturdían los gritos agudos y penetrantes de una multitud innumerable de guacamayos, loros y cotorras que saludaban al sol y le rendían salvaje tri-

buto por medio de los más discordantes conciertos. En el camino nos sorprendieron los bramidos feroces de un animal, que, al parecer, se nos acercaba velozmente. Nuestro guía nos informó, con temor, que se trataba de un tigre: entonces, a pesar de sus consejos, nos dirigimos hacia la zona del bosque desde donde el ruido partía.

Dèsoteux, el único que llevaba pistolas, lo buscó en la espesura, pero el animal había huido ya. Decepcionado, descargó entonces su cólera y su arma contra un mono grande; el tiro falló. No tuve otro encuentro en estos bosques que el de una enorme serpiente, del grupo de las boas; la vi durmiendo al sol sobre la maleza. Al principio la confundí con un tronco del árbol caído y no pude evitar un repentino estremecimiento cuando mi mula estuvo a punto de rozarla, y entonces la pretendida rama de árbol se irguió, se encorvó, mostrando una cabeza repelente, y se alejó de mí con rapidez, soltando un terrible silbido.

Hay aún otro animal en este país cuyo aspecto es horrible; son ciertos gigantescos murciélagos, más anchos que un sombrero español, y de una fisonomía infernal, que recuerda a las máscaras de diablo más extravagantes de nuestra Ópera; se los denomina vampiros y el vulgo crece que, cuando encuentran a un hombre dormido chupan toda su sangre con tanta delicadeza que no lo despiertan.

Luego de una jornada fatigosa, lejos de toda vivienda, pedimos asilo a una vieja india que nos condujo a su choza, verdadero refugio de un salvaje o de un brujo. La mujer se esforzó por ofrecernos lo mejor que tenían: nos presentó loros cocidos en un menjunje de chocolate y otras viandas tan desagradables que no pudimos vencer nuestra repugnancia.

Después de haber dormido mal, como todos los que tienen el

estómago vacío, retomamos el camino. Debíamos franquear, con esfuerzo, una alta montaña, la San Pedro, descender a un valle profundo, y vadear muchos torrentes; ahorraré aquí esa odisea. Solo diré que al fin, tras escalar una última montaña, descendimos por una suave pendiente hacia el delicioso valle de Caracas.

Este valle, defendido de los vientos ardientes del mediodía por un cordón de cerros, está abierto a las brisas del este, que lo envuelven en una dulce frescura. Rara vez el termómetro sube de 24 grados, y a menudo se le observa por debajo de los 20. En este sitio encantador, las flores y los frutos se suceden sin cesar. Se cosechan todos los productos de la zona tórrida pero también pueden encontrarse todos los de las regiones templadas. Al borde de los campos donde crecen el árbol de índigo, la caña de azúcar, el naranjo y el limonero, se descubren algunas plantaciones de trigo, y huertos de peras y de manzanas. El valle está regado por un límpido y bello río, gracias al cual los prados están siempre frescos y los árboles siempre verdes. Embellece a los árboles una floración de colibríes que reflejan sobre su hermoso plumaje todos los colores del arcoíris, se diría que son mil flores brillantes revoloteando.

Numerosas casas elegantes están esparcidas o agrupadas en esas praderas; son cercos para proteger los cultivos, están rodeados de setos aromáticos. Allí se respira un aire puro balsámico, allí pareciera que la existencia asume una nueva actividad para hacernos disfrutar las más dulces sensaciones de la vida. Si no hubiéramos encontrado monjes inquisidores, alguaciles intolerantes, algunos tigres y emisarios de un ávido intendente general, habríamos pensado que el valle de Caracas era un pequeño rincón del paraíso terrenal, y que, por una amable distracción, el ángel que defendía sus puertas

con una espada flamígera nos había permitido entrar.

La ciudad de Caracas se ofreció a nuestros ojos con la suficiente majestad como para terminar noblemente este cuadro; nos pareció grande, limpia, agradable y bien construida. Creo que en aquella época se estimaba su población en unos veinte mil habitantes; pero se nos asegura que más tarde, un desastroso terremoto y los furores de la guerra civil desvanecieron esa prosperidad. Una prudente libertad y una administración sabia podrían, sin embargo, hacerla renacer.

Dèsoteux había llegado antes que nosotros: muchos oficiales de nuestro ejército nos habían precedido. Se nos esperaba, y la hospitalidad española brindó a nuestra pequeña expedición un recibimiento cortés: fueron muchos los que se empeñaron en ofrecernos su casa, y las damas, abriendo sus ventanas, nos saludaron desde los balcones. Fuimos recibidos, pues, como los novelistas pretenden que se acogía en otros tiempos a los paladines en los castillos adonde ellos descansaban de sus excursiones aventureras.

El gobernador general de la provincia, don Fernando González, al saber que yo era hijo del ministro de Guerra del rey de Francia, tuvo la bondad de alojarme en su palacio, y durante nuestra estada, recibió por la mañana y por la tarde a todos nuestros compañeros de armas con la mayor urbanidad y una magnificencia verdaderamente castellana.

El gobernador me presentó a la sociedad más distinguida de Caracas. Los hombres eran acaso graves y taciturnos en exceso; pero en cambio, un crecido número de damas tan notables por la belleza de sus rasgos como por la riqueza de su atuendo, por la elegancia de sus maneras como por su talento para la danza y la música, nos exhibió la vivacidad de una coquetería que sabe unir muy bien el buen humor a la decencia.

Mis compañeros de viaje recordarán durante mucho tiempo los encantos de Belina Aristiguieta de sus hermanas Panchita, Rosa y Teresa. En cuanto a mí, quedé singularmente conmovido por el increíble parecido de una de esas damas, llamada Rafaelita Ermenegilda, con la condesa Jules de Polignac.

El muy famoso general Miranda, a quien el general conde de Valencia acusaría más tarde de habernos hecho perder la batalla de Nerwinde –ya casi ganada por la valentía del señor duque de Chartres, hoy duque de Orleans–, pertenecía a la familia Aristiguieta. Proscrito por el gobierno español, Miranda procuró durante mucho tiempo aliarse en toda Europa a los enemigos de ese gobierno, y forjó un entendimiento íntimo con los ingleses, que lo ayudaron a fecundar en América el germen de la revolución.

Llegamos a Caracas hacia el fin del carnaval. Así, la semana que pasamos en la capital no fue sino una serie continua de fiestas, bailes y conciertos. Descubrimos que estaba de moda un juego tan placentero como singular: caballeros y damas, niñas y muchachos, jóvenes y viejos, nadie salía de su casa durante los días carnavalescos si no era con los bolsillos repletos de granos de anís; y cuando se encontraban, se lanzaban puñados unos a otros. No era posible evitar esas metralhas, que suscitaban entre la gente vivos ataques de risa.

Era sin duda la más dulce y la más inocente de las guerras. No obstante, como aun en esas guerras hay siempre un acontecimiento destacado, referiré uno de que fui testigo. Cierto día, estábamos invitados a una gran cena en la casa del tesorero general. Varios reverendos padres inquisidores honraban la reunión con su presencia prestando especial atención a los vinos y observando con agrado la alegría de los invitados. A los postres, la señora tesorera dio la señal para el combate.

De todos los rincones volaba el anís, y estallaba la risa, pero de pronto uno de los inquisidores, llevando demasiado lejos su pesada alegría, y encontrando los anises demasiado ligeros, arrojó en medio del débil torbellino una gran almendra. La bala fue derecho a dar en la nariz del duque de Laval, quien como no simpatizaba con los monjes ni con las bromas de mal gusto, respondió con otra bala calibre 24, es decir, con una enorme naranja que golpeó la cara del reverendo padre. Los españoles, consternados, se levantaron; las damas se persignaron; la cena terminó. Pero el reverendo, simulando una benevolencia que su expresión desmentía, estimuló a todo el mundo a recomenzar el juego gravemente interrumpido. Creo que si no hubiésemos tenido cerca de estas costas a cinco mil amigos bien armados, el padre inquisidor, menos indulgente, hubiera ofrecido a Laval, al menos por algún tiempo, una de esas celdas frescas y sombrías de las que disponía en abundancia.

El gobernador, don Fernando González se sumaba a menudo a nuestras danzas y a nuestros conciertos, pero sin perder la dignidad. Sus maneras eran nobles, su espíritu cultivado, su carácter humano, afable y generoso: accesible a todos, daba audiencia a quienes se la pedían, escuchaba sus quejas con bondad y hacía justicia tan bien como le era posible.

Conocía perfectamente los vicios de la administración colonial; y si su autoridad hubiera podido llegar más lejos, todo habría asumido en esas provincias un cariz nuevo y próspero. Pero no le estaba permitido frenar al intendente en sus operaciones fiscales, ni anular las medidas severas que tomaba la Inquisición para extinguir toda luz naciente de independencia y para impedir todo progreso de la civilización. 🌀

## John Hawksshaw

---

El inglés John Hawksshaw nació en Leeds, en 1811, y llegó a Venezuela con veintiún años, más tarde, contratado como ingeniero por la Asociación Minera de Aroa. Sus treinta meses de residencia en el país le depararon una inmortalidad superior a la de sus pomposos títulos. Hawksshaw, que fue consultor de la Corona británica para las obras del canal de Panamá, que construyó el ferrocarril de Charing Cross y el puente colgante de Hilton, sobrevive hoy gracias a una obra de juventud, *Reminiscences of South America: from two and a half years' Residence in Venezuela*, publicada en Londres a fines de 1838.

Como los viajeros ingleses del sur del continente, Hawksshaw unía la prolijidad de sus observaciones a una actitud de distanciamiento crítico ante los parajes y personas que contemplaba. El humor indirecto que caracteriza su escritura encuentra acaso culminación en las notables reflexiones que el libro incluye sobre la falsa supremacía de la raza blanca: “Los hombres blancos han sido esclavos y pueden volver a serlo –razona–; y si lo fueran, ¿no sería una justa retribución sobre aquellos que aún sostienen una cosa tan monstruosa como la esclavitud?”.

El libro abunda en fragmentos memorables, escritos con seca naturalidad, algunos, como la formación de las salinas en los manglares y la descripción del pueblo de Aroa, hubieran enriquecido estas páginas. Pero el texto seleccionado no es menos bello: corresponde al capítulo 7 de la obra, y refiere una excursión al valle del Tocuyo, en la que los insectos nocturnos y la belleza del campo comunican a la escritura un aire de mansedumbre. Fue tomado de la edición de *Reminiscencias de Sudamérica* hecha por la Presidencia de la República, colección *Viajeros y Legionarios*, Caracas, 1975. La traducción es de Jaime Tello.



## COMIDA SOBRE LA HIERBA

---

A large, white, serif capital letter 'E' is centered within a dark gray square. The letter has a classic, slightly ornate design with a small serif at the top and bottom.

**N MI EXAMEN DEL PAÍS, VISITÉ EL RÍO TOCUYO. ESTE RÍO NACE EN EL PIEDEMONTE DE LA SIERRA DE LAS ROSAS, UNA DE LAS MONTAÑAS DE LA CORDILLERA DE MÉRIDA, UN POCO AL ESTE DE CARORA. DESPUÉS DE CORRER UNAS CIEN MILLAS EN DIRECCIÓN NORTE, VIRA para**

formar un ángulo casi recto con su curso anterior, y sigue luego una dirección nororiental, hasta que desemboca en el Mar Caribe, al noreste de Punta Tucacas. La parte inferior de su curso es paralela a la del río Aroa, y sólo dista de él unas treinta millas.

Realicé el viaje desde las minas, siguiendo un camino que pasa a través de la selva, cruzando hasta un punto sobre el Tocuayo, llamado Paso del Río.

Después de dejar las vecindades de Aroa, no recuerdo haber visto un solo caballo o persona. El día que dejamos las minas no nos vio siquiera llegar al río: pero nos detuvimos en la noche en un pequeño lugar verde, donde, atando nuestras hamacas a los árboles, pasamos la noche. Hicimos inmediatamente un fuego, y nuestros sirvientes se pusieron enseguida a preparar la comida, la que consistiría en un poco de carne-seco, galletas hechas de harina americana, y una botella de brandy, que fue puesta junto con unas dos o tres botellas de agua.

La carne seca, para el propósito de secarla, es cortada en largas lonjas. Para prepararla para la mesa, se divide en peque-

ños trozos, que se ensartan en un palito de dos o tres pies de largo, que es pelado y afilado para el propósito, que se obtiene del matorral más cercano. El asador de madera se coloca sobre el fuego, teniendo cuidado de que los trozos de carne estén bien juntos para que el palo no se queme, y en pocos minutos la carne está lista para servirse. La lona que pertenecía a la mula de carga fue extendida sobre el suelo, y constituida nuestra única mesa: pero cuando la salud y el apetito son buenos, estas son cosas de poco momento.

No había sillas de ninguna clase, pero ningún persa, turco o musulmán, se reclinó jamás sobre más rica alfombra como la que la naturaleza había extendido a nuestros pies; ningún salón de palacio alguno exhibió jamás más rica tapicería, o tuvo más magnífico techo, como los muros y techo que nos rodeaban. Todo cuanto había allí mostraba los más ricos matices de colores, sólo conocidos en esos climas; y al pasar la vista de los rostros rientes y bronceados de nuestros criados, a la pálida figura de mi compañero, no podía evitar pensar cuánto de lo que consideramos belleza puede ser a menudo convencional. Nada digo de lo que podría lograrse por medio de una íntima mezcla de blanco y rojo, ese aspecto de piel de durazno que es común hallar en las mejillas de las mujeres inglesas; pero realmente no veo en qué se basan personas que tienen una piel a veces pastosa, otras veces purpúrea o más a menudo más parecida al color de una velita de junco, para arrogarse una superioridad de belleza sobre los rasgos bronceados y radiantes ojos de sus prójimos del sur.

En nuestra comida, contrariamente a la etiqueta nórdica, nos vimos perturbados por toda una tribu de visitantes. Grandes escarabajos alados hicieron súbitamente su aparición y, sin llamar o esperar a ser presentados, se acercaron tanto que

chocaron con fuerza considerable en nuestras frentes como una bala sin fuerzas, caían en la bebida que estábamos llevando a nuestros labios, con una fuerza y una salpicadura que no podría ser explicada por ningún principio de gravedad. Luego una pequeña langosta, posada en una hoja muy cerca del tímpano de nuestros oídos, lanzó un silbido tan agudo, penetrante y discordante, que me hubiera encantado haberlo substituido por cualquier otro músico, con excepción de un gaitero escocés.

Después, largas columnas de hormigas cayeron sobre nosotros, por delante, por los lados, y por detrás, en filas sencillas y dobles, en columnas y en escuadras; en cuerpos regulares, pero con innumerables exploradores, tiradores certeros, y espías enviados de antemano. Pronto se evidenció, sin embargo, que pertenecían principalmente al departamento de provisiones. Las pequeñas, más bien diminutas, pero muy activas tropas, una especie de infantería ligera, inmediatamente cargaron y se fueron con granos de azúcar que estaban diseminados sobre la lona. Un gran ejército, de color rojo, bastante parecido a los guardias de infantería, se reunió y se llevó fragmentos de galletas, a menudo mucho mayores que ellos mismos, y suficientes, podría suponerse, para racionarlos por los próximos seis meses. Luego, a la retaguardia, venía una especie de gran hormiga negra, gruesa y de mayor estatura que las que la habían precedido, y capaces, me parecía de llevarse nuestras bolsas, de haber unido sus esfuerzos; éstas pasaron sobre el campo en más pequeñas compañías que las anteriores, pero como aparentemente no había nada en su camino, se fueron sin llevarse galletas ni carne; me imaginé que éstas eran comisarios generales.

Concluida nuestra cena, nos sentamos en nuestras hamacas y disfrutamos un cigarro hasta que las sombras de la selva comenzaron a salpicarse con los puntos de luz de las luciérnagas. Y más o menos una hora después del toque de queda del campanero, nos tendimos para dormir. 🦋



## José Martí

---

Siete meses vivió José Martí en Caracas. Pocos hombres supieron, como él, dejar una huella tan indeleble en un lapso tan corto. Venía de afrontar uno de sus peores momentos de desdicha doméstica: durante casi todo el año 1880 había organizado y dirigido en Nueva York el Comité Revolucionario Cubano, y estaba abatido por la ausencia de su mujer y de su hijo. Ambos llegaron en marzo, a reencontrarlo –creyó Martí– de manera definitiva. Solo estuvieron juntos hasta octubre. Las desavenencias conyugales decidieron el regreso de su mujer a La Habana, junto con el niño, y abrieron para Martí un largo período de soledad.

Llegó a Caracas en enero de 1881. A la semana, comenzó a dar lecciones de gramática francesa y literatura en el Colegio Santa María, de Agustín Aveledo, y a proyectar la fundación de una escuela de Oratoria. Lo consiguió dos meses más tarde, en el Colegio Guillermo Tell Villegas, cuando su firma había alcanzado cierta notoriedad gracias a los artículos que había publicado en la prensa norteamericana, y que circulaban de mano en mano, y a su encendido discurso sobre Venezuela y América, pronunciado en el Club de Comercio. A comienzos de julio, la ciudad entera hablaba de él. Sus artículos aparecían regularmente en *La Opinión Nacional* y su *Revista Venezolana* era el centro de reunión de los intelectuales que se oponían al despotismo ilustrado de Antonio Guzmán Blanco. Fue en el segundo número de la revista, publicado el 15 de julio, donde Martí dio a conocer su célebre elogio a Cecilio Acosta, que indignó al dictador y determinó su salida del país. Martí tenía 28 años. Iba a morir en 1895, en estado de gloria, durante la batalla de Dos Ríos.

El texto que aquí se reproduce es parte de su artículo “Un viaje a Venezuela”, y fue tomado de la edición de *Obras Completas* hecha en La Habana, 1963/65 (Editorial Nacional de Cuba).



# UN VIAJE A VENEZUELA

---



**ENEZUELA ES UN PAÍS RICO MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES NATURALES. LAS MONTAÑAS TIENEN VETAS DE ORO, Y DE PLATA, Y DE HIERRO. LA TIERRA, CUAL SI FUERA UNA DONCELLA, DESPIERTA A LA MENOR MIRADA DE AMOR.**

La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco: -té, cacao, y café: la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano.

Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas de un volcán.

Esa tierra es como una madre adormecida que ha dado a luz durante el sueño una cantidad enorme de hijos. Cuando el labrador la despierte, los hijos saldrán del seno materno robustos y crecidos, y el mundo se asombrará de la abundancia de los frutos. ¡Pero la madre duerme aún, con el seno inútilmente lleno! El labrador del país, que sólo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada, coge, al igual que los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, cual un gitano, canta, seduce, pelea, muere. En esa naturaleza virgen, los hombres de los campos tienen todavía costumbres

grandiosas y audaces. Es el desprecio a la vida, el amor, al placer, el recuerdo atrayente de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Relatan sus proezas en largos trozos de versos que se llaman galerones. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles, todas las suaves melodías de la selva interrumpidas por terribles gritos del huracán. Sus goces, como venganzas, son tormentosos. Beben agua en la tapara, una ancha fruta vacía de corteza dura. Se sientan en sus chozas sobre cráneos de caballos. Sus caballos, bajo sus espuelas, tienen alas. Con su garbo deleitan a las mujeres; con su fuerza derriban a los toros. El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere la América del Norte, donde está desarrollado el trabajo, la vida es tranquila y la riqueza es posible. En Venezuela, hay isleños, nativos de las islas canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que laboran mal. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres. Se necesita un hálito de fuego para despertar a esa gran durmiente: hay que romper el encantamiento a fuerza de arado: hay que lanzarla por esos campos húmedos y fragantes: semejante ujier debe anunciar a la naturaleza inempleada la noble visita del trabajo humano.

En la ciudad, una vida rara semipatriarcal, semiparisiense, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas para sentarse, los

trajes que se usan, los libros que se leen, todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares. En su inteligencia como en su suelo, cualquier semilla que se riegue fructifica abundantemente, son como grandes espejos que reflejan la imagen aumentándola: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos, solo que se desdeña el estudio de las cuestiones esenciales de la patria; –se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales– se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes. Allí se conocen admirablemente las interioridades de Víctor Hugo, los chistes de Proudhon, las hazañas de los Rougon Macquart y Naná. En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: van a ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal nombrado por los Estados.

En literatura tienen delirio por los españoles y los franceses. Aunque nadie habla la lengua india del país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, Aquinet, a La Martine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido. Las soluciones complicadas y sofisticadas a que se llega en los pueblos antiguos, nutridos de viejas serpientes, de odios feudales, de impaciencias justas y terribles; las transacciones de una forma brillante, pero de una base frágil, por medio de las cuales se prepara para el siglo próximo el desenlace de problemas espantosos –no pueden ser leyes de la vida para un país constituido excepcionalmente, habitado por razas originales cuya propia mezcla ofrece caracteres de singularidad– donde se sufre por la resistencia de las clases

laboriosas, como se sufre en el extranjero por esparcimiento: donde se por la falta de población, como se sufre en el extranjero, por su exceso-. Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adoran todavía a las divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar, en el libro de la naturaleza, junto a esas míseras chozas. Un país agrícola necesita una educación agrícola.

El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla la mente de entidades falsas.

Un pueblo nuevo necesita pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia o los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura -mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y las agitaciones de un orden personal y poético- que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. En los hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física impuesta por la abundancia de la naturaleza que los rodea; -llevados, además, por el desarrollo febril de su inteligencia, a las más altas esferas de apetencia, la pobreza resulta para ellos un dolor amargo e insoportable. No creen que la vida sea como es el arte difícil de escalar una montaña, sino el arte brillante de volar, de un solo impulso, desde la base hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la holgazanería: se entregan, pues, a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas, y acumular

su fortuna por medio del ahorro diario, al igual que como por el constante goteo se forma la estalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole abrirse, y sueñan. Pero viene el amor, el amor de una mujer distinguida, el amor sudamericano, rápido como la llama, imperativo y dominador, exigente y morbo-so. Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de la gente rica, gastar, en resumen, mucho dinero, ¿dónde generarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo la virtud, refrenando a la inteligencia.

La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza a los literatos –el gobierno es de los fuertes y de los audaces–. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo. Y ¡qué héroes ha producido esa tierra! Al observar el vigor con que su valentía acaba de ser recordada por un joven dotado de gran talento, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro, *Venezuela heroica*, diríase que puesto que se comprende siempre a los héroes, se podría serlo también. Pero, si los hombres inteligentes de Venezuela, bastante numerosos y notables para ser tratados como clase, pudieran desear un amor vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay en ellos, como en toda la gente del país, una condición que seduce, la grandeza de corazón. Dan todo cuanto tienen y piden aún más

para dárselo al prójimo. Se exige al extranjero una honradez probada y una vida virtuosa; pero se le estima y se le recompensa. La generosidad llega casi a la prodigalidad. Gozan gastando dinero y se honran despreciándolo. Siempre tienen la sonrisa en los labios. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable, porque hombres y mujeres charlan admirablemente. Se tiene la sensación de no estar perdido en el mundo como una hormiga o como una mariposa. Se goza del dulce placer\* y de muebles venerables, herencia de familia, donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros tranquilos y soberbios, donde los ojos en vez de mirar, mandan, donde los labios en vez de hablar, queman. Hay una fiesta curiosa en Caracas donde se ven más mujeres bonitas de las que se pudiesen ver, en otra reunión igualmente numerosa, en cualquier otro país, aunque Venezuela una fiesta abominable, motivo de toda clase de groserías y peligros. Se echaba agua a barriles por las ventanas sobre los transeúntes; provistos de toda clase de armas defensivas, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían las ventanas. Pero algunas veces era cosa bien distinta al perfume. Otras veces, la fiereza nativa de los hombres se despertaba con furor, y si bien se besaba la mano de la mujer que nos mojaba de la cabeza a los pies, también se mataba a algunos desgraciados mal aconsejados que no gozan del derecho natural que se le otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años la fiesta ha cambiado bastante: es una embriaguez de alegría aristocrática, una elegante expansión, un regalo para los ojos. Imaginaos una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al aire. La tarde es clara; el cielo, el sol, suave; las casas, a ambos costados de la

gran calle Candelaria, donde se celebra el Carnaval, están repletas de mujeres. Nada de disfraces, nada de horrendas máscaras, nada de contornos escondidos: es una fiesta libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar del combate, se pasean, ya montando los bellos caballos del país, ya en coches adornados con los tres colores nacionales, el amarillo, el rojo y el azul, entre dos hileras de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramilletes de flores. Las aceras están llenas de paseantes. –Sobre los sombreros de seda, y los vestidos negros, ha caído una lluvia de polvo de arroz. Al pasar ante una ventana, una de vuestras amigas os echa al rostro un puñado de papel de colores– usted se quita el sombrero de seda, que se llama en Caracas pum-pá, por imitar el ruido del cañón al que se compara este feo sombrero, y un torrente de algodón se desborda sobre vuestros cabellos negros. –Algunas veces, cuando llega la noche y la inmunidad es casi segura, nueces, papas, galletas calientes, se lanzan con violencia sobre los rostros de los transeúntes: –Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, exquisitos bombones, prendas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas, y espoleando a sus caballos, se acuestan sobre el cuello de la bestia, partiendo como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos –Leonidas hubiera podido ofrecer batalla bajo esos doseles volantes de confituras, de las almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de caraotas negras, los black beans del país. Durante los tres días de este fantástico paseo se hacen regalos valiosos: una suma considerable se gasta al año en regalos de familia para cada casa de Caracas.

Nada importa que los campos estén sin cultivar por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos de exportación; que de la pobreza general nazca un malestar grave y sensible; que toda la maquinaria nacional descansa, pese a todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en los departamentos del gobierno no vivía más que a merced de las enormes contribuciones que impone a la pobre gente trabajadora, o a los pobres comerciantes que introducen artículos extranjeros –no se vive menos a la manera parisiense; no se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir: –se despliega un lujo supremo, realzado por la instintiva elegancia en el atavío de las mujeres.

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la Semana Santa. Mientras dura, se advierten prodigalidades insensatas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden. Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana a la tarde. El Señor moribundo es el pretexto, pero no se piensa sino en cantar en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad; –es maravillarse a los curiosos en vencer a sus rivales. –Son los alegres vestidos nuevos, arrastrando por las calles sus colas grises, rojas o azules; donde se exige a los hombres reunidos a la puerta de los templos tributo a la belleza, donde las larvas que van a ser mariposas sacuden las alas, y con movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean en su primer traje de mujercitas.- Como paisaje no hay nada más bello. Los vestidos, de color vivo, al sol de la maña-

na parecen flores que caminan, mecidas por el aire amable en la larga calle. El aire siempre húmedo y sabroso, está cargado de perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría posarse sobre una de nuestras manos. –No son criaturas humanas, sino nubes que sonríen. Estrellas pasajeras, -sueños que vagan: –son ligeras e inasibles y esbeltas como los sueños, –la caraqueña es una mujer notable. El marido, para satisfacer las necesidades del hogar, o su amor insaciable de belleza, puede poner en subasta su dignidad política: –porque están peligrosamente orgullosos de su dignidad personal; pero nada estremece la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente, –elegante: una virtud que se inspira dulcemente, sin exageraciones de cuáqueros, sin severidades de monja.

–Estas mujeres poseen el don de detener a los hombres audaces con una sonrisa. Se habla con ellas ante las ventanas abiertas. Se siente uno embelesado, y pleno de fuerza, y borracho de una dulce bebida: –las volvemos a encontrar en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés pero fríamente. Vuestra jarra de flores cae por tierra. El bello Don Juan se aburriría soberanamente en Caracas. No existe allí la Doña Inés, porque la inteligencia superior de las mujeres constituye una salvaguarda contra las seducciones de los tenorios: allí no hay conventos, aunque la pequeña reja de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que pudieran ser un\*, todavía puede hacernos pensar en ellos.

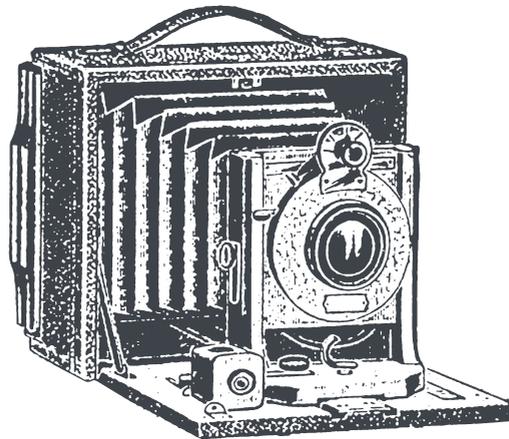
Aunque casi todo el mundo es católico, se podría decir que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser fanático. A veces se defienden con ardor las preeminencias de la Iglesia, las mantienen con una tenacidad que pudiera hacer creer

que tienen una fe sólida: todavía se ve al fondeo del zaguán de las casas, un gran corredor vacío que conduce a la puerta que abre a los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se abriga el hogar; hasta en los mismos cuartos interiores se encuentran las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados de espadas, de Jesús agonizante, coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo, –esa flor que acaba de brotar en su seno. –El hogar caraqueño es encantador: todo es enternecedor, pleno de amor, de espíritu de mujer, de puros goces, de tiernos encantos. Tiene algo de ala de mariposa y rayos de sol. Es un placer vivir con él. No es como en nuestras grandes ciudades, donde la faena agota al hombre y el hogar agota a la mujer. Es un bello rincón de yerba fresca ondea un seno trémulo siempre espera la cabeza cansada del señor de la casa. –¡Oh! ¡qué hueca, peligrosa fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad –lo hemos dicho– es bella. Constantemente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyo patio, entre dos grandes macetas, un chorro de agua se eleva y cae sobre un elegante estanque, como en Sevilla. Bellas riberas, de altos bordes tapizados de un aromoso verdor, serpentean entre las calles, prolongadas por todas partes por sólidos puentes. Un bello teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia hay una anécdota de Humboldt: “¿Cuándo regresará usted?” le preguntaron a su partida de la ciudad. –“Cuando la iglesia esté terminada”, dijo sonriendo. Y, en efecto, la obra terminó noventa años después de su partida. Ramas cargadas de flores acarician

todavía los muros ruinosos de la casa donde vivió Humboldt. Humboldt, que nunca olvidó –“La culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas”. –Es una plaza donde los árboles, como alumbrados por un súbito fuego, se coronan en el verano de grandes flores rojas, se ve un reloj de sol construido por Humboldt. –Y cuando en uno de esos coches ligeros que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados bajo la sombra amiga de los rojos y altos búcaros, puede verse aún una portada, sobre cuya cima se lee, en desvaídas letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del paraje encantador, que antes fue un lugar delicioso de solaz: Sans Souci. –La ciudad, rodeada de montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un ancho y tranquilo río, por el noble Guaire: río de ninfas; hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche, y aun uno más, apacible como su nombre, el dulce Anauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente, construido sobre el Guaire –uno de los paseos favoritos de los caraqueños– se divide una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos tintes –magníficamente sereno. Las palmas, como centinelas, se levantan sobre campos de maíz. Los sauces bordean el río murmurante. –A lo lejos las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, por la influencia poderosa del sol, sus suaves colores: y ora se vuelven rojas, ora amarillas, ora grises, ora azules. –Las vacas mugen, las cabras saltan, los pastores llevan en ánforas de barro cocidas al fuego la leche espumosa a su cabaña lejana, –un coche nos despierta para recordarnos que estamos en la ciudad,

-un gran encanto el de tener tan cerca la ciudad que roe la vida, y el campo que la repone. Es bueno, -en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal. 🌀



# JULES VERNE

---

**D**urante décadas, Jules Verne (Nantes, 1828-Amiens, 1905) fue confundido con un pedagogo ingenuo, de abrumadora –y acaso excesiva– erudición, al que ningún lector se acercaba después de la adolescencia.

Ni siquiera las desesperadas voces de atención de Raymond Russel (“Tuve ante mí al hombre que se elevó a las más altas cimas del verbo”, declara en *Comment j’ai écrit certains de mes livres*) o las observaciones admirativas de Proust y Claudel pudieron rescatarlo del purgatorio en que vivió confinado hasta los años 60’. Es comprensible, entonces, que pese a la multiplicación de los estudios vernianos, algunos de sus textos clave sigan en la penumbra.

El ejemplo más injusto es *El soberbio Orinoco* (*Le superbe Orinoque*, 1898), novela consagrada por completo a Venezuela, en la que Verne resume todos los temas de su laberíntica mitología y da rienda suelta a los *calembours* y juegos de palabras que tanto habían fascinado a Roussel.

Su pretexto geográfico es un viaje a las fuentes del Orinoco para determinar si, en verdad, el río viene desde el suroeste y se confunde con el Atabapo y el Guaviare, o si, de acuerdo con “los modernos geógrafos, sus manantiales están situados en la parte de Venezuela que limita con el Brasil y la Guayana inglesa, lo que sitúa todo el recorrido dentro del territorio venezolano”. El pretexto es tan trivial que ya en la primera página Verne lo dilucida: las fuentes –subraya– están en la sierra de Parima. La travesía de tres geógrafos de Ciudad Bolívar es el artificio que justifica la escritura de la novela.

De manera paralela, y a veces dominante, el viaje a las fuentes del río es también un viaje hacia los orígenes de la identidad. “La partida del tercero de los sabios, fijada para el 12 de agosto, en plena

estación de las lluvias”, coincide con la de dos franceses: el joven Jean de Kermor, de 16 a 17 años, y el sargento Marcial, veterano de la guerra del Segundo Imperio. Ambos siguen el rastro del coronel de Kermor, que partió hacia Venezuela hace tres lustros sin saber que su único hijo había sobrevivido al naufragio en el que pereció su mujer.

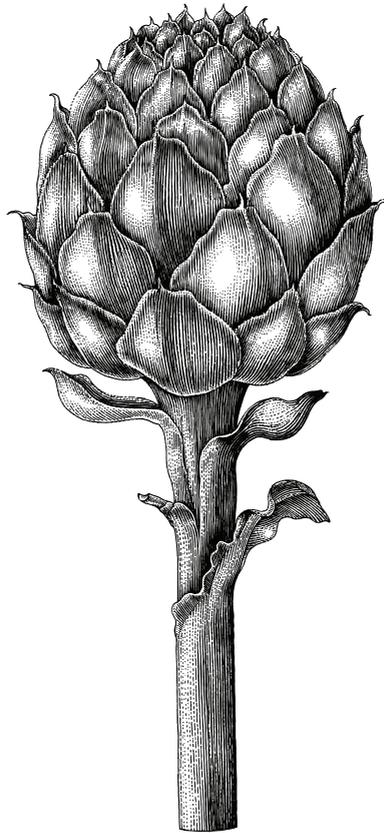
Los primeros desplazamientos de los franceses permiten a Verne introducir una trivial descripción de Caracas (“Sólo se dieron el gusto de subir a la colina del Calvario, donde la mirada podía abrazar el conjunto de edificios coronados por techos rojos y construidos con material liviano, para soslayar el peligro de los temblores”) y a declarar las fuentes bibliográficas a que habrá de atenerse: la Nueva Geografía Universal de Eliseo Reclus, y en especial, la relación del geógrafo Chaffanjon al Ministerio de Instrucción Pública de Francia (1884-87). La intensidad y exactitud de los descriptores, el surrealismo *avant la lettre* de algunos acontecimientos (migraciones de tortugas que cubren, en conjunto, “varios kilómetros cuadrados”; conversaciones de monos en la espesura) y los típicos prejuicios del autor contra el indígena no derivan, por cierto, de aquellas fuentes. Como le sucedía con casi todos los parajes que describió, Verne no conocía Venezuela: simplemente, la soñaba ¿Cómo explicar que la realidad tuviera siempre la medida precisa de sus sueños?

Parece provenir de Chaffanjon, en cambio, la noticia de que, más allá de las sierras de Parima, junto a la ribera derecha del río Torrida, se alzaba a fines de siglo una misión religiosa, habitada por makiritares, y de la que se hablaba entonces como un nuevo El Dorado. En ese reino, la misión de Santa Juana, situará Verne el paraíso perdido. Pero cuando Jean de Kermor lo encuentre, el coronel se habrá trasmutado en el padre Esperante (fusión acaso de las palabras *esperance*, *esperanza*, y *esperanto*, la lengua universal), y se habrá descubierto que Jean es en verdad una mujer, Jeanne.

Búsqueda del padre de la que Michel Butor llamó “el punto supremo” –El Dorado que está en el horizonte de todo viaje–, *El soberbio Orinoco* expresa la ambigüedad ideológica que indujo a Verne a condenar, por un lado, toda forma de imperialismo –sobre todo si el

imperialismo era británico-, y por el otro, a exaltar las empresas de colonización cultural, aunque implicaran el exterminio de la cultura original.

El fragmento que aquí se reproduce corresponde al capítulo 8, “Una nube de polvo en el horizonte”, y refiere el avance de millares de morrocayos hacia las aguas del Orinoco.



Artichoke EPS10



# UNA NUBE DE POLVO EN EL HORIZONTE

---



ACIA LAS DIEZ, JEAN SE ACOSTÓ EN SU LITERA, EN LA PARTE DE ATRÁS DEL CAMAROTE, TAMBIÉN EL SARGENTO MARCIAL AL DAR POR TERMINADA SU COTIDIANA CASA DE MOSQUITOS, SE TENDIÓ EN LA SUYA. Ambos se durmieron, pero el sueño fue breve.

A las dos de la madrugada un murmullo lejano, sostenido y creciente los despertó.

Era un fragor sordo, que podía ser confundido con los tumultos de una tormenta distante. A la vez las aguas del río, sometidas a una extraña agitación, hacían que la Gallinetta se balanceara.

El sargento Marcial y el joven se levantaron; salieron del camarote y se situaron al pie del mástil. El patrón Valdez y los tripulantes, de pie en la proa de la embarcación, interrogaban el horizonte.

—¿Qué pasa, Valdez? —preguntó Jean

—No lo sé. —¿Se acerca una tormenta?

—No... El cielo está sin nubes... La brisa viene del Este, y es débil.

—¿A qué se debe la agitación?

—¡No lo sé...! ¡No lo sé...! —repitió Valdez.

El fenómeno era en verdad inexplicable, a menos que la súbita crecida del río hubiese producido, en alguna parte, un veloz reflujó.

Todo era posible en el caprichoso Orinoco.

A bordo de la Maripare, cundía el mismo asombro entre pasajeros y tripulantes. Miguel y sus dos amigos buscaban inútilmente la razón de lo que estaba ocurriendo. Cruzaron algunas palabras con los de la piragua vecina, pero no encontraron explicación valedera.

En las dos embarcaciones, el movimiento era incesante. Y también lo era en las riberas del río. Los habitantes de Urbana salieron de sus casas, y caminaron hasta el borde de las aguas. Marcial y el jefe civil se unieron a los pobladores, que comenzaron a dar señales de temor.

Eran las cuatro y media de la mañana. Despuntaba el día. Los pasajeros desembarcaron y se acercaron al jefe civil en busca de noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel.

—Seguramente hay un temblor en la sierra Matapey —respondió el jefe— y los estremecimientos se propagan hasta el lecho del río.

Miguel era de la misma opinión. Era frecuente que la región fuera assolada por los movimientos sísmicos propios de los terrenos llanos.

—Pero hay algo más —observó Miguel—.

¿Oye usted el zumbido que viene del Este?

Y, en verdad, cuando se prestaba atención, se percibía un fragor insesante, de impredecible naturaleza.

—Esperemos —dijo Marcial—.

No creo que en Urbana haya nada que temer.

—Así pienso yo —admitió el jefe civil—, no hay peligro en regresar a las casas.

La mayoría coincidió, pero no aceptó el consejo. Por otra parte, avanzaba el día y era posible que los ojos dieran la explicación que los oídos negaban.

Durante tres horas, el murmullo creció de modo extraño. Parecía que la tierra se estuviera desplazando de lugar, que alguien empujara el territorio hacia otra parte. Pesado y rítmico, el movimiento se comunicaba hasta la orilla derecha del río, como si el suelo estuviera turbulento. Era admisible la conjetura de un temblor con epicentro en la sierra de Matapey: no era la primera vez que el pueblecito lo sentía. Pero el ruido, semejante al de un ejército en marcha, no revelaba aún su verdadera causa.

El jefe civil y Marcial, acompañados por los pasajeros de las piraguas, ascendieron a las primeras estribaciones del cerro de Urbana para observar un terreno más amplio. El sol se elevaba sobre un cielo purísimo, como un enorme globo inflado por un gas luminoso que la brisa arrastraba hacia las riberas del Orinoco. El horizonte estaba limpio de nubes, y no se advertía el menor indicio de borrasca.

Cuando los observadores alcanzaron unos treinta metros, miraron hacia el Este. Solo se divisaba la inmensidad: la vasta llanura verde que, según la bella metáfora de Eliseo Reclus, era “un mar silencioso de hierbas”. Pero aquel mar no conocía ahora la calma: sus profundidades debían de agitarse porque, a cuatro o cinco kilómetros de distancia, la planicie estaba coronada por volutas de arena.

—Es una polvareda inmensa —dijo Marcial—.

El polvo ya no quiere quedarse en suelo.

—Y sin embargo, no es por el viento—afirmó Miguel.

—No, el viento sopla apenas—repuso Marcial—. ¿Serán las trepidaciones, entonces? No... Esa explicación no es admisible.

—Además —adujo el jefe civil—, ¿a qué se debe ese ruido que parece de marcha pesada?

—¿Qué es, Dios mío? —exclamó Felipe.

Como si fuera una respuesta a la pregunta, se oyó en ese momento una detonación de arma de fuego que los ecos de Urbana repitieron. Otros tiros sonaron.

—¡Disparos! —declaró el sargento Marcial—. Son disparos, ¡yo no soy capaz de reconocerlos!

—Serán cazadores —supuso Jean

—¡Cazadores! —exclamó Marcial—.No... No levantarían una polvareda tan grande, a menos que fueran una legión.

Era evidente, sin embargo, que las detonaciones provenían de carabinas. Y hasta podía percibirse una nube blanquecina que destacaba sobre el tinte azufrado de la polvareda.

Se oyeron nuevos tiros, por lejos que estuviesen las armas, la liviana brisa era suficiente para llevar el sonido hasta la aldea.

—Creo, señores —dijo Miguel—, que deberíamos acercarnos al lugar de los incidentes para ver qué pasa.

—Y auxiliar a la gente que acaso nos necesite— añadió Barinas.

—¡Quién sabe si son nuestros compatriotas! —dijo Jean, observando a Marcial.

—Si lo fueran forman un ejército —repuso el viejo—. Sólo millares de hombres están en condición de levantar esa polvareda... Tiene usted razón, Miguel, bajemos a llanura.

—¡Pero bien armados! —exigió Felipe.

La medida de prudencia era atendible, si, en verdad los presentimientos no engañaban a Jean Kermor, y los protagonistas del incidente eran los dos franceses, atacados por los indios de la región, y obligados a defenderse a tiros.

Poco después, unos llegaban a sus casas, y otros a sus piraguas. El jefe civil, algunos de los habitantes, los tres geógrafos, el sargento Marcial y su sobrino Jean, con el revólver a la

cintura y la carabina al hombro, caminaban a través de los llanos, rodeando la base del cerro de Urbana.

Marcial se les reunió. Su impaciencia por saber qué pasaba era irrefrenable.

Marchaban a paso rápido, y como la nube se les acercaba, los tres a cuatro kilómetros que separaban al grupo de ellas fueron franqueados sin tardanza.

Aún a tanta distancia no podían distinguirse las formas humanas: lo impedía el espeso polvo. Sin embargo, el fragor de las detonaciones era cada vez más perceptible.

El ruido sordo y monocorde aumentaba a medida que se acercaba la masa reptante.

Cuando estuvo a un kilómetro de distancia, Miguel, que marchaba con la carabina lista, junto al jefe civil, se detuvo de pronto. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

Si alguna vez un mortal de curiosidad ávida pudo verla satisfecha, si un escéptico tuvo que vencer en un instante toda su incredulidad, ese fue el sargento Marcial. ¡Ah...! En cierta ocasión el viejo soldado había negado que millares de tortugas, en la época del desove, invadían las playas del Orinoco, entre la embocadura del Arauca y los bancos de arena de Cariben. Ahora tendría que admitirlo.

—Los morrocoy ¡Son ellos!- exclamó Miguel. No se engañaba. Sí. Eran los morrocoy: un centenar de miles, acaso más, avanzaba hacia la orilla derecha del río. No era la época del desove. ¿A qué se debía entonces, esta marcha anormal, que violentaba sus hábitos?

La pregunta estaba en el espíritu de todos. Marcial la contestó. Sin duda, estas tortugas fueron ahuyentadas por las sacudidas de terremoto. Al salirse de madre las aguas del Suapure

las desalojaron y vienen ahora a buscar refugio en el Orinoco, o acaso más allá, arrastradas por su poderoso instinto de conservación. La explicación era lógica, y la única posible. La sierra Matapey y sus alrededores debieron de ser profundamente conmovidos por el temblor. La invasión hubiera sido previsible en los meses de marzo y abril: entonces los aldeanos no se hubiesen sorprendido.

Pero ahora, inclusive tenían fundamentos para estar inquietos. Admitida ya la presencia de las tortugas, ¿de dónde provenían los tiros? ¿Quién había tenido necesidad de defenderse de los morrocoy?

Y además, ¿qué efectos tenían las balas sobre sus carapachos impenetrables? El enigma quedó desvelado cuando se desgarró la espesa nube. Las tortugas avanzaban en un frente compacto, pegadas las unas a las otras. Era una vasta superficie de escamas en movimiento, de varios kilómetros cuadrados, sobre esta superficie agitada bullían cientos de animales, que para evitar ser aplastados, hacían equilibrio arriba de la enorme masa. A un costado, y a veces montándose sobre las tortugas, trotaba por los llanos una tropa de monos que, al parecer —como solía decir el sargento Marcial—, encontraba que el caso era gracioso. Y a la vez aparecían parejas, tigres y pumas, no menos temibles sobre el lomo de los morrocoy que cuando corrían en libertad por los bosques y llanos. Era contra esas manadas que dos hombres se defendían, a tiros de fusil y de revólveres.

Ya algunos cadáveres yacían sobre los carapachos cuyo desplazamiento ondulatorio era muy incómodo para los seres humanos, estos no podían tenerse en pie, pero la reverberación parecía importar poco a las fieras y a los monos. ¿Quiénes eran los dos hombres? Ni el jefe civil, ni Marcial podían reco-

nocerlos a la distancia, pero a juzgar por sus ropas, se podía asegurar que no eran makiritares, pemones, guajibos, ni indígenas de los que frecuentan las tierras del Orinoco medio. ¿Se trataba, entonces, de los dos franceses que se habían internado en las llanuras orientales y cuyo regreso esperaban en vano?

¿Tendría Jean de Kermor la felicidad de reencontrar a sus compatriotas?

Marcial, Miguel, Felipe y Barinas, el jefe civil y los aldeanos que los acompañaban, interrumpieron la marcha. ¿Convenía ir más adelante? No, sin duda. Detenidos por la vanguardia de las tortugas, obligados a retroceder de inmediato, no tenían posibilidad de unirse a los hombres por las fieras.

Pero Jean insistió en que acudiesen a ayudarlos. Tenía la certeza de que los hombres eran el explorador y el naturalista, los dos franceses.

—No es posible hacerlo —dijo Marcial—, además sería inútil. Nos expondríamos sin necesidad y no haríamos nada por ellos, es preferible dejar que las tortugas lleguen al río. Allí se separará la masa.

—Es verdad —dijo el jefe civil—; pero nos amenaza un gran peligro.

—¿Cuál?

—Si esos millares de tortugas pasan por Urbana; si no se desvía su marcha, en busca del río..., el pueblo será destruido. Por desgracia, no podía hacerse nada para evitar la catástrofe.

Tras haberse rodeado la base del cerro, la lenta e irresistible avalancha enderezaba su marcha hacia Urbana, de la que estaba separada por unos doscientos metros. En la aldea, todo sería derribado, aplastado, destruido. Alguien dijo: «La hier-

ba no nace allí donde los turcos han pasado». Nada, ni una casa, ni un árbol..., quedarían en pie donde pasaran las tortugas.

—¡El fuego...! ¡El fuego! —exclamó Marcial.

¡Sí! El fuego era la única barrera capaz de contener la invasión.

Los habitantes de la aldea, ante la certeza del peligro que corrían, sobre todo las mujeres y los niños, daban gritos de espanto.

Marcial había sido comprendido. Los pasajeros y tripulantes de las piraguas comenzaron a actuar.

Más allá de la aldea se extendían enormes praderas cubiertas por una hierba densa, ya reseca por dos ardientes días de sol. Sobre ella, las ramas de algunos árboles se alzaban, cargadas de frutas. Era preciso sacrificar las plantaciones. En diez a doce lugares a cien pasos de Urbana, el fuego fue provocado simultáneamente. Brotaron las llamas como si nacieran en el vientre de la tierra. Un humo intenso se confundió con la nube de polvo que iba hacia el río.

La masa de morrocoy avanzaba sin darse tregua, y no se desviaría hasta que la primera fila sintiera el fuego. Podría suceder que las últimas filas empujaran a las primeras a las llamaradas, y que al aplastar los cadáveres de hierbas, el fuego se extinguiera. Si así ocurría, Urbana sería pronto solo un montón de ruinas.

No fue de esa manera. El medio propuesto por Marcial resultó eficaz. Las fieras fueron atacadas a tiros por el sargento Marcial, Miguel, sus amigos y los aldeanos que estaban armados. A la vez, los dos hombres cercados sobre la masa reverberante, disparaban contra las fieras sus últimas municiones. Atrapadas entre dos fuegos, algunas sucumbieron. Las otras,

espantadas por las llamas, huyeron hacia el Este y lograron salvarse junto a los monos que las precedían. El aire estaba lleno de alaridos.

Fue entonces posible ver cómo los dos hombres se precipitaron hacia la barrera de fuego antes de que fuera tocada la primera fila de tortugas, cuya marcha era lenta y pesada. Poco después, Jacques Helloch y Germán Paterne —pues en verdad eran ellos— ya estaban seguros junto a Marcial, luego de alcanzar la parte de atrás del cerro.

La cortina de llamas se extendía a lo largo de medio kilómetro. Cuando estaba a punto de toparse con ella, la masa de morrocoy se desvió a la izquierda y, pasando a un costado del pueblo descendió al río y desapareció bajo las aguas del Orinoco. 🐉

**TRADUCCIÓN DE TEM, SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN DE  
LE SUPERBE ORINOQUE, HETZEL, PARÍS, 1898.**

## Emilio Salgari

---

**M**enos dotado para imaginar que para estimular la imaginación del lector, más diestro para urdir una intriga que para escribirla, el veronés Emilio Salgari (nacido el 25 de agosto de 1836) ha sobrevivido en los extramuros de la literatura gracias a la ambigüedad de sus héroes, a la vez valerosos y vengativos, justicieros y violentos.

Sus descripciones son inhábiles y a menudo inexactas; se sostienen, ante todo, por las tensiones de la acción. Pero algunos de los paisajes ingenuos que esbozó no son dignos del olvido.

A los 18 años era capitán de altura y vivió innumerables odiseas en el mar, de las que sus artículos periodísticos y sus novelas son un reflejo menor. Su fama nació, en verdad, con *El corsario negro* (*Il corsaro nero*, 1899), donde asoma una Venezuela que corresponde menos al país real que al sueño de los europeos finiseculares.

Como London, como Raymond Roussel, Salgari creyó que las trivialidades cotidianas de la vida eran una afrenta a su genio. Por no tolerarlas, se suicidó cerca de Turín, el 25 de abril de 1911.

El capítulo de *El corsario negro* que aquí se transcribe es uno de los más felices que compuso. Refiere el avance del protagonista y sus cuatro compañeros por los bosques y montañas de Falcón, tras las huellas del gobernador de Maracaibo.



# LA SABANA TIEMBLA

---

A large, white, serif capital letter 'E' is centered within a dark gray square. The letter has a classic, slightly ornate design with a small serif at the top and bottom.

**L ANIMAL QUE CON TANTA AUDACIA LO HABÍA ASALTADO, RECORDABA POR LA FORMA A LAS LEONAS DE ÁFRICA, PERO SU TAMAÑO ERA ALGO MÁS PEQUEÑO.**

La cabeza redonda, el cuerpo alargado pero robusto, y la cola de más de medio metro,

garras agudas y afiladas, el pelo corto y espeso, de un color amarillento, que se volvía oscuro en el lomo, claro, casi blanco en el vientre, y grisáceo en la cabeza.

El catalán y el corsario comprendieron al primer golpe de vista que se trataba de uno de aquellos animales que los hispanoamericanos llaman mizgli o, mejor un cunaguaro o puma, e incluso león de América.

Estas fieras, que aún hoy son abundantes en la América meridional como en la septentrional, aunque de tamaño relativamente pequeño, llaman la atención por su ferocidad y valor. Suelen vivir en los bosques, donde hacen grandes matanzas de monos, ya que pueden trepar por los árboles más elevados. Otras veces se acercan a las aldeas y los caseríos y entonces causan grandes estragos, degollando ovejas, bueyes y caballos. En una noche son capaces de matar cincuenta cabezas de ganado, se limitan a beber sangre, que hacen brotar del cuello de sus víctimas, a las que hieren en las venas del cuello. Cuando no están hambrientas, huyen del hombre, siendo por experiencia que no siempre salen victoriosas; solo empujadas

por la necesidad atacan con desesperación y coraje. Aun heridas, se rebelan contra sus adversarios sin tomar en cuenta el número.

A veces se reúnen en parejas para dar caza con más facilidad a los animales de la selva, pero a menudo se encuentran aisladas, porque las mismas hembras no tienen confianza en los machos: temen que estos devoren a sus propios hijuelos. Es cierto que también ellas se comen a sus primeras crías, pero hay que admitir que con el tiempo se convierten en madres amorosas que defienden encarnizadamente a su prole.

—¡Ventre de tiburón!... —exclamó Carmaux—. Son pequeños estos animales, pero más feroces que algunos leones.

—No sé cómo no me ha destrozado el cuello —respondió el Catalán—. Se dice que poseen una verdadera habilidad para cortar la arteria yugular y beber la sangre de los desgraciados a quienes matan.

—Hábiles o no, vayámonos —dijo el corsario. Este cunaguaro nos ha hecho perder un tiempo precioso.

—Tenemos las piernas ligeras, comandante.

—Lo sé, Carmaux; pero no olvidemos que Wan Guld nos lleva algunas horas de ventaja. En marcha, amigos.

Dejaron el cadáver del puma y se pusieron en camino.

Se habían metido ahora en un camino fangoso en que los árboles más pequeños tienen dimensiones colosales. Parecían que caminaban sobre una inmensa esponja, porque con la sola presión del pie salían cien mil poros invisibles, chorritos de agua.

Seguramente en medio de la selva se escondía alguna sabana y quizá algunos de esos parajes tramposos llamados tremedales, cuyo fondo está constituido por arenas movedizas que se tragan a quienquiera se atreva a pisarlas.

El catalán, conocedor de aquella región, se había vuelto prudente en extremo. Tanteaba con frecuencia el suelo valiéndose de una rama que había cortado, miraba siempre hacia adelante para ver si continuaba la espesura, y de vez en cuando daba palos a diestra y siniestra.

Temía a las arenas movedizas, pero también desconfiaba de los reptiles que tanto abundan en los terrenos húmedos de las selvas vírgenes.

Con aquella oscuridad podía tener el pie sobre algún urutú, serpiente listada de blanco con una cruz en la cabeza, cuya mordedura produce la parálisis del miembro mordido; o sobre una cobra o serpiente liana, llamada así por ser verde y delgada como una verdadera liana, con la que se confunde fácilmente, o sobre cualquiera de las corales cuya mordedura no tiene remedio.

El catalán se detuvo.

—¿Otro cunaguaro? —preguntó Carmaux, que le seguía.

—No me atrevo a adentrarme por ahí antes de que salga el sol —respondió.

—¿Qué temes? —preguntó el Corsario.

—El terreno se me escurre de los pies: nos estamos acercando a una sabana.

—¿Será acaso algún tremedal?

—Vamos a perder un tiempo precioso.

—Dentro de media hora saldrá el sol, y además, ¿no cree usted que los fugitivos también encontrarán obstáculos?

—No digo lo contrario. ¡Esperemos a que salga el sol!

Se tumbaron al pie de un árbol y esperaron con impaciencia que la espesa niebla comenzara a aclararse.

La inmensidad de la selva, silenciosa hasta hacía poco, se llenó entonces de rumores extraños. Millares y millares de

sapos, ranas y parranecas hacían oír su voz produciendo un ruido ensordecedor.

Se oía chillidos, mugidos interminables, rechinamientos prolongados, como si estuvieran en movimientos cien mil garruchas; ruidos que asemejaban al que pudieran producir mil hombres haciendo gargarismos; violentos hachazos como si en la espesura de la selva se ocultara todo un ejército de leñadores y más allá a lo lejos ruidos estridentes que parecían provenir de semejantes sierras mecánicas.

De vez en cuando, sin embargo, también se oía desde los árboles un estallido de silbidos agudos que hacía alzar de improviso la cabeza de los filibusteros.

Los daban unos lagartos de pequeñas dimensiones, pero dotados de tan poderosos pulmones que podían hacer competencia a los silbatos de nuestras locomotoras.

Ya las estrellas comenzaban a perder brillo y el alba a iluminar las tinieblas, cuando se oyó en la lejanía una débil detonación que no podía confundirse con los chillidos de las ranas. El corsario se levantó bruscamente.

—¿Un tiro de fusil? —preguntó mirando al catalán, quien también se había levantado.

—¡Eso parece! —respondió éste.

—¿Lo habrán disparado los que vamos persiguiendo?...

—Lo supongo.

—Entonces no deben de estar muy lejos.

—Pudiera equivocarse, señor. Bajo esta frondosidad el eco repercute a distancias increíbles.

—Comienza a clarear. Podríamos ponernos en marcha si no estáis cansados.

—¡Bah!... Descansaremos más tarde —dijo Carmaux.

Por entre gigantescas hojas de los árboles comenzaba a fil-

trarse la luz del alba despejando las tinieblas con rapidez y despertando a los habitantes de la selva.

Los tucanes de pico enorme, grueso como un cuerpo, y a la vez tan frágil que los obliga a arrojar al aire la comida esperando a que les caiga dentro para deglutirla, comenzaban a revolotear por encima de las copas más altas de los árboles enviando sus desagradables chillidos tan parecidos al chirrear de una carreta. Los honoratos, escondidos en lo más espeso de las ramas, lanzaban a voz en cuello notas de barítono: “do... mi... sol... do...”; los cassichis piaban meciéndose en sus extraños nidos en forma de bolsa, suspendidos de las flexibles ramas de los mangos o en los extremos de las enormes hojas de los maots; y los graciosos colibríes volaban de flor en flor como si fueran joyas aladas, haciendo brillar a los primeros rayos del sol sus plumas verdes, azul turquesa y negras con reflejos de oro y cobre.

Algunas parejas de monos salidas de su escondrijo nocturno comenzaban a aparecer, estirando las patas con el morro hacia el sol.

La mayoría eran los llamados barrigudos, cuadrumanos de sesenta u ochenta centímetros, con una cola más larga que la totalidad del cuerpo, y un pelo suave y negro en el lomo, grisáceo en el vientre y una especie de cabellera sobre la espalda.

Algunos se mecían suspendidos por la cola y gritando de un modo que parecían decir: eské, eské; otro, en cambio, al ver pasar aquel pelotón de hombres se apresuraban a saludarlos disparando sobre ellos con impúdica malignidad hojas y frutos.

En medio de las ramas y hojas de las palmeras se veían también bandadas de minúsculos cuadrumanos llamados titíes,

los de más donaire; son tan pequeños que caben con holgura en el bolsillo de la chaqueta. Subían y bajaban las manos buscando vivamente los insectos que constituyen su alimento. Pero apenas veían a los hombres se apresuraban a ponerse a salvo encaramándose en las hojas más elevadas, y desde allí se quedaban mirándolos con sus ojos inteligentes y expresivos.

A cada paso que daban los filibusteros, internándose, iban haciéndose menos espesos los árboles y matorrales, como si aquel terreno, saturado de agua y probablemente de naturaleza arcillosa, no fuera de su agrado.

Las palmeras esplendorosas habían ya desaparecido y no se veían más que grupos de imbaubas, especie de sauces pequeños que mueren durante la estación lluviosa, para revivir en la estación seca; los iriartree, extraños árboles que tienen el tronco inflado en la parte inferior, sostenido hasta una altura de dos o tres metros por siete u ocho raíces robustas echando a los veinticinco metros grandes hojas dentadas que caen en derredor formando un enorme quitasol.

Pero muy pronto desaparecieron estos últimos árboles, dejando el paso a grandes masas de calupo, cuya fruta, cortándola en pedazos y dejándola fermentar un poco, da una bebida refrescante; y a gigantescos bambúes de quince y veinte metros de alto, tan gruesos que un hombre no podría abarcarlos.

El catalán estaba a punto de introducirse en aquellos parajes, cuando volviéndose a los filibusteros, les dijo:

—Antes de que abandonemos la selva espero que agradecerán una taza de leche.

—¡Hombre! —exclamó alegremente Carmaux—. ¿Has descubierto alguna vaca? En ese caso podríamos incluso conseguir bistecs.

—Nada de bistecs por ahora, porque no vamos a ordeñar ninguna vaca.

—Entonces, ¿de dónde va a salir la leche?

—Del árbol de la leche.

—Vayamos entonces a ordeñar el árbol de la leche.

El catalán pidió un frasco a Carmaux y se acercó a un árbol de hojas anchas, de tronco grueso y liso y de unos veinte metros de altura sostenido por enormes raíces que salían a la superficie como si no hubieran encontrado sitio bajo la tierra; dio un tajo en el tronco con su espada y la introdujo profundamente. Un instante después, surgió de aquella herida un líquido blanco y espeso que, en efecto, parecía leche, y que tenía incluso el mismo gusto.

Todo bebieron paladeándola mucho. Volvieron a ponerse en marcha por entre los bambúes, aturcidos por el silbido ensordecedor, agudo e incesante de los lagartos. El terreno era cada vez menos consistente. Por todas partes rezumaba el agua bajo los pies de los filibusteros, formando charcos que se extendían con rapidez.

Bandadas de aves acuáticas indicaban la cercanía de una gran marisma y de una sabana. Se veían manadas de bocasinas, de flamencos de cuellos tan largo y sutil que ha servido para denominarlos “pájaros serpientes”; su cabeza es pequeñísima, el pico recto y afilado, y las plumas sedosas y de reflejos plateados; también podían verse ánades de la sabana, más pequeños que las garzas y con las plumas de color verde oscuro contorneadas por un filete violáceo.

El español comenzó a aminorar la marcha por temor a que le fallara el terreno bajo los pies cuando un poco más adelante se oyó un grito ronco y prolongado, seguido de un chapuzón y de un gorgoteo.

—¡El agua!... —exclamó.  
—Pero además del agua me parece que por ahí anda un animal —dijo Carmaux— ¿No has oído?  
—Sí, el grito de un jaguar.  
—¡Vaya un encuentro! —masculló Carmaux.  
Se detuvieron poniendo los pies encima de algunos bambúes caídos para no hundirse en el fango y no desenvainaron los sables y las espadas.  
El aullido de la fiera no volvió a oírse, pero sí gruñidos muy bajos que indicaban que el animal no estaba muy satisfecho.  
—Quizá el animal está pescando —dijo el catalán.  
—¿Peces?...—preguntó Carmaux con tono de incredulidad.  
—¿Le sorprende?...  
—Que yo sepa, los jaguares no tienen anzuelos.  
—Pero tienen garras y cola  
—¿El rabo?... ¿Y para qué les podría servir?...  
—Para atraer a los peces.  
—Tendría curiosidad por saber cómo lo hacen. ¿Se pondrán acaso algunos gusanos como cebo en la punta del rabo?...  
—Nada de eso; se limitan a dejarlo colgar, rozando suavemente el agua con los largos pelos de ese apéndice.  
—¿Y después?...  
—El resto se explica solo. Las rayas espinosas, las pirañas y otros peces, creyendo que tienen a su alcance una buena presa, acuden y entonces el jaguar por medio de un rápido zarpa-zo agarra a los curiosos que osan mostrarse en la superficie.  
—Lo estoy viendo —dijo en aquel momento el africano, que por ser el más alto de todos podía ver a más distancia.  
—¿A quién?... —preguntó el Corsario  
—Al jaguar —contestó el negro  
—¿Qué está haciendo?...

—Está en la orilla del agua  
—¿Solo?  
—Pareciera que está espiando algo.  
—¿Está lejos?  
—A unos cincuenta o sesenta metros.  
—Vayamos a verlo —dijo el Corsario con resolución  
—Tenga prudencia, señor —aconsejó el Catalán  
—Si nos saliera al paso, nosotros no podríamos atacarlo.  
Acerquémonos en silencio.

Descendieron de los bambúes y marchando ocultos por entre de un grupo de árboles de madera de cañón, avanzaron silenciosamente con los sables de abordaje y las espadas desnudas. Anduvieron unos veinte pasos, llegando a la orilla de una enorme ciénaga que parecía extenderse por un largo trecho en medio de la selva virgen.

Era una sabana llena de agua fangosa formada por las filtraciones y desagües de toda la selva. Las aguas casi negras por la putrefacción de miles y miles de hojas y tallos exhalaban miasmas deletéreos muy peligrosos para los hombres porque producen fiebres terribles.

Plantas acuáticas de todas las especies crecían por doquier. Matas de mucumucú de largas hojas flotantes, grupos de arumus, cuyas hojas en forma de corazón surgen de lo alto de un pedúnculo; miricis que no pasan de flor de agua. También se veían las espléndidas victorias regias, la mayor de las plantas acuáticas, con hojas de hasta metro y medio de circunferencia. Parecían monstruosos discos vegetales defendidos por una verdadera armadura de espinas largas y agudas.

En medio de aquellas hojas gigantescas se destacaban las fastuosas flores que producen dichas plantas; flores que parecen de terciopelo blanco, con estrías purpúreas y gradaciones ro-

sáceas, de belleza, mas que rara, única.

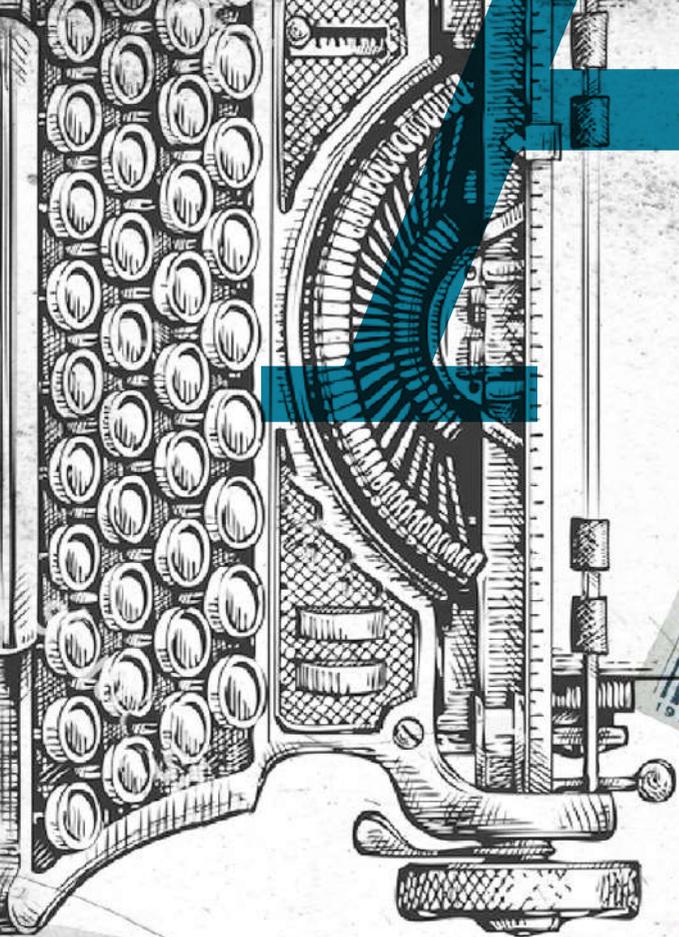
Apenas los filibusteros habían echado un vistazo a la sabana, cuando delante de ellos y a muy poca distancia oyeron un sordo rugido.

—¡El jaguar! —exclamó el catalán

—¿Dónde está? —preguntaron rodos

—Mírenlo allí a la orilla, en acecho. 🐾

**TRADUCCIÓN DE MARÍA RAMÍREZ DE NEUMAN, SOBRE LA  
EDICIÓN DE IL CORSARO NERO, FRATELLI FABRI EDDITORI,  
MILÁN, 1976.**



*Me a Fernando Leon  
Gloria Notare*



## Rafael Alberti

---

Cuando Rafael Alberti pasó por Venezuela, en 1934, pensó por primera vez que más allá de las montañas que defendían el acceso a Caracas, había un “melancólico lugar de retamas blancas y amarillas llamado la Arboleda Perdida”. Asoció a Venezuela, pues, con el paraíso de la infancia andaluza, en el Puerto de Santa María, y esa imagen siguió persistiendo en él.

Alberti tenía 32 años. Viajaba con su mujer, María Teresa León, y las costas americanas eran la última estación de una travesía que había comenzado en la Unión Soviética. Ambos habían conocido temprano la celebridad. Rafael era amigo de García Lorca, de Buñuel, de Moreno Villa, de Dalí, de Neruda, y en 1925, a los 23 años, había recibido el Premio Nacional de Literatura por el primero de sus libros, *Marinero en tierra*. Sus obras empezaron a multiplicarse con fertilidad abrumadora: en 1927 publicó otros dos libros, *El alba del alhelí* y *Cal y canto*; en 1928, *Sobre los ángeles* arrojó a la poesía española el áspero aire de los cambios. El teatro, el cine, las experiencias surrealistas: todo fascinaba a Alberti, todo lo comprometía, hasta que el gran paréntesis de su viaje —nacido en verdad, de la política—, señala el fin de la juventud y el comienzo de la guerra.

“Costas de Venezuela”, el poema que aquí se ha preferido a otros textos circunstanciales del poeta sobre Caracas, lleva un subtítulo: “Desde el Colombie”, es decir, desde el barco donde volvió a descubrir su infancia, sin atreverse a tocarla. Corresponde a su libro *13 bandas y 48 estrellas*, publicado en 1935, en Madrid.



# **COSTAS DE VENEZUELA**

---

Se ve que estas montañas son los hombros de América.

Aquí sucede algo, nace o se ha muerto algo,  
estas carnes sangrientas, peladas, agrietadas,  
estos huesos veloces, hincándose en las olas  
estos precipitados espinazos  
a los que el viento asesta un golpe  
seco y verde a la cintura.

Puede que aquí suceda el silencioso nacimiento o la agonía  
de las nubes,  
sombriamente espiadas desde lejos por mil picos furiosos de  
pájaros piratas,  
cayendo de improviso lo mismo que cerrados balazos ya  
difuntos sobre el horror velados de los peces que huyen.

Aquí se perdió alguien,  
se hundió,  
se murió alguien,  
algo que estas costillas,  
que estos huesos saben callar o ignoran.  
Pero aquí existe un nombre,  
una fecha,  
un origen.

Se ve que estas montañas son los hombros de América. 🎭

## Adolfo Bioy Casares

---

Ciertos enigmas, que el tiempo no ha disipado, persisten en *La invención de Morel* (1940), la primera y acaso más admirable de las novelas de Adolfo Bioy Casares. El tema del naufrago que se confina en una isla desierta donde subsisten ruinas de museos es casi tan antiguo como la literatura, lo abordó Swift para denigrar a la especie humana; lo repitió Raymond Roussel para demostrar la infinitud de la imaginación. El tema de las ilusiones mecánicas que trastornan la vida del naufrago tampoco es original: una ejemplar narración de Verne, *Le Chateau des Carpathes*, investigó todas las posibilidades alucinatorias y dibujó hasta el agotamiento la endeble frontera que separa la realidad de los sueños.

Borges ha señalado que en esta novela de trama perfecta, el género fantástico alcanza una nobleza sólo comparable a las de *Otra vuelta de tuerca* y *El proceso*. Ni él ni Bioy han explicado, sin embargo, la razón de las páginas finales, en las que se descubre que el naufrago es un perseguido político, que su patria es Venezuela, y su verdugo, Juan Vicente Gómez. Tampoco han dilucidado cómo un argentino, para quien este país era desconocido en 1940, pudo dejar de él una visión tan minuciosa y cabal, en la que interfiere un solo error, acaso voluntario: el nombre del tirano.

La invención de Morel es ya un clásico. Al menos dos realizadores ya abrevaron de la novela (Robbe-Grillet, Bertolucci) y los múltiples ensayos críticos que se le consagraron no han podido agotarla. Bioy Casares, que nació en Buenos Aires, hace 64 años, es también el autor de *El sueño de los héroes* (1954) y *Diario de la guerra del cerdo* (1970).



# PARA MÍ TÚ ERES, PATRIA

---



**ASI NO HE SENTIDO EL PROCESO DE MI MUERTE; EMPEZÓ EN LOS TEJIDOS DE LA MANO IZQUIERDA; SIN EMBARGO, HA PROSPERADO MUCHO; EL AUMENTO DEL ARDOR ES TAN PAU-LATINO, TAN CONTINUO, QUE NO LO NOTO.**

Pierdo la vista. El tacto se ha vuelto impracticable; se me cae la piel; las sensaciones son ambiguas, dolorosas; procuro evitarlas. Frente al biombo de espejos, supe que estoy lampiño, calvo, sin uñas, ligeramente rosado. Las fuerzas disminuyen. En cuanto al dolor, tengo una impresión absurda: me parece que aumenta, pero que lo siento menos. La persistente, la ínfima ansiedad por las relaciones de Morel con Faustine me preserva de atender a mi destrucción; es un efecto inesperado y benéfico.

Por desgracia, no todas mis cavilaciones son tan útiles: hay —solamente en la imaginación, para inquietarme— la esperanza de que toda mi enfermedad sea una vigorosa autosugestión; que las máquinas no hagan daño; que Faustine viva, y dentro de poco ya salga a buscarla; que nos riamos juntos de estas falsas vísperas de la muerte; que lleguemos a Venezuela; a otra Venezuela, porque para mí tú eres, Patria, los señores del gobierno, las milicias con uniforme de alquiler y mortal puntería, la persecución unánime en la autopista a La Guayra, en los túneles, en la fábrica de papel de Maracay; sin embargo, te quiero, y desde mi disolución muchas veces

te saludo: eres también los tiempos de El Cojo Ilustrado: un grupo de hombres (y yo, un chico, atónito, respetuoso) gritados por Orduño, de ocho a nueve de la mañana, mejorados por los versos de Orduño, desde el Panteón hasta el café de la Roca Tarpeya, en el 10, abierto y deshecho tranvía, fervorosa escuela literaria. Eres el pan cazabe, grande como un escudo y libre de insectos. Eres la inundación en los llanos, con toros, yeguas, tigres, arrastrados urgentemente por las aguas. Y tú, Elisa, entre lavanderos chinos, en cada recuerdo pareciéndote más a Faustine; les dijiste que me llevaran a Colombia y atravesamos el páramo cuando estaba bravo; los chinos me cubrieron con hojas ardientes y peludas de frailejón, para que no muriera de frío; mientras mire a Faustine, no te olvidaré, ¡y yo creí que no te quería! Y la Declaración de la Independencia que nos leía todos los 5 de julio, en la sala elíptica del Capitolio, el imperioso Valentín Gómez, mientras nosotros —Orduño y los discípulos— para desairarlo, reverenciábamos el arte en el cuadro de Tito Salas *El general Bolívar atraviesa la frontera de Colombia*; sin embargo confieso que después, cuando la banda tocaba *Gloria al bravo pueblo* / (que el yugo lanzó / la ley respetando / la virtud y honor), no podíamos reprimir la emoción patriótica, la emoción que ahora no reprimo.

Pero mi férrea disciplina derrota incesantemente a estas ideas, comprometedoras de la calma final.

Aún veo mi imagen en compañía de Faustine. Olvido que es una intrusa; un espectador no prevenido podría creerlas igualmente enamoradas y pendientes una de otra. Tal vez este parecer requiera la debilidad de mis ojos. De todos modos consuela morir asistiendo a un resultado tan satisfactorio.

Mi alma no ha pasado, aún, a la imagen; si no, yo habría muerto, habría dejado de ver (tal vez) a Faustine, para estar con ella en una visión que nadie recogerá.

Al hombre que, basándose en este informe, invente una máquina capaz de reunir las presencias disgregadas, haré una súplica. Búsquenos a Faustine y a mí, hágame entrar en el cielo de la conciencia de Faustine. Será un acto piadoso. 🌀

## Alejo Carpentier

---

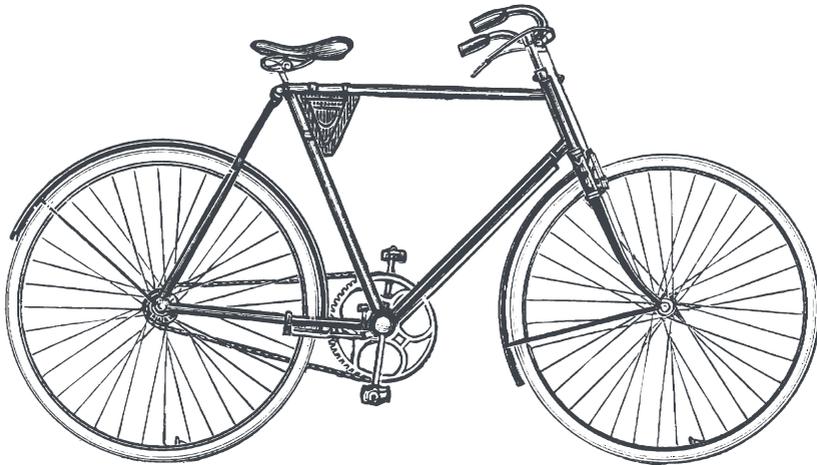
-  Cómo abrazar en pocas líneas las infinitas direcciones de una novela cuya propuesta aparente es el encuentro del hombre con la eternidad?

Alejo Carpentier, oriundo de La Habana (1904), hijo de un arquitecto francés y de una estudiante rusa de Medicina, llegó a Venezuela en 1945, con el vago proyecto de fundar una emisora de radio y escribir un ensayo sobre la música en Cuba. Se quedó catorce años, interrumpidos por intermitentes —y siempre desalentadores— intentos de regreso a la patria. Venezuela le parecía —ha referido Luis Harss— “una síntesis del continente...” Sus ríos inmensos, sus llanos interminables, sus montañas gigantescas y la selva virgen” lo asombraron como la última versión del paraíso. En Caracas, donde al fin derivó a funciones burocráticas en una agencia de publicidad, escribió lo mejor de su obra: completó los borradores de *El reino de este mundo* (que aparecería en 1949) y de *El acoso* (1956); compuso casi todos los relatos de *La guerra del tiempo* (1958); elaboró alrededor de cuatro mil artículos y reportajes para el diario *El Nacional* (de los cuales Alexis Márquez Rodríguez hizo una notable selección, que cubre una décima parte, con el título de *Letra y solfa*); comenzó la escritura de *El siglo de las luces* (1962), y prodigó uno de los más bellos frisos sobre Venezuela que se hayan escrito: *Los pasos perdidos* (1953).

Ni el gran río hacia cuyas fuentes viajaba el protagonista, un músico, ni las sabanas con las que al fin se encontraba, luego de abrirse paso en la selva devoradora, tienen en la novela una nomenclatura precisa. Tampoco importa. Al final, en una nota, Carpentier aclara que el río es el Orinoco, y que Santa Mónica de los Venados es lo que pudo ser Santa Elena de Uairén “en los primeros años de su fundación”. La clave del libro está en los símbolos que expresa sobre la búsqueda de la identidad, el regreso al Génesis, el lento viaje a través de la historia por encrucijadas feudales y paleolíticas, hasta que en el fin —

en las fuentes— descubre que está el principio: la armonía, el olvido de lo que vendrá.

La narración asume la forma de un diario llevado por el protagonista. El capítulo que aquí se copia es el 27, y refiere el hallazgo de la Edad de Piedra en una tierra poblada por hojas carnosas y por insectos infinitos. Fue tomado de la primera edición, México, General de Ediciones, 1953.



# ASCENSO A LOS PETROGLIFOS

---

A large, stylized, white letter 'H' is centered within a dark gray square. The 'H' has a classic, slightly ornate serif font style.

**E ASCENDIDO AL CERRO DE LOS PETROGLIFOS  
CON FRAY PEDRO, Y AHORA DESCANSAMOS SO-  
BRE UN SUELO DE ESQUISTOS, ACCIDENTADO  
DE PEÑAS NEGRAS ERGUIDAS CONTRA EL VIEN-**

**TO POR TODOS SUS FILOS, O DERRIBADOS** a modo de ruinas, de escombros, entre vegetaciones que parecen recortadas en fieltro gris. Hay algo remoto, lunar, no destinado al hombre, en esta terraza que conduce a las nubes, y que surca un arroyo de agua helada, que no es agua de manantiales, sino agua de nieblas. Me siento vagamente inquieto —un poco intruso, por no decir sacrílego— al pensar que con mi presencia se rompe el arcano de una teratología de lo mineral, cuya grandiosa aridez, obra de una erosión milenaria, pone al desnudo un esqueleto de montañas que parece hecho con piedras de azufre, lavas, calcedonias molidas, escorias plutonianas. Hay gravas que me hacen pensar en mosaicos bizantinos que se hubieran desprendido de sus paredes en alud, y que, recogidos a paletadas, hubiesen sido arrojados aquí, allá, a modo de una aventada de cuarzo, oro y cornalinas. Para llegar hasta aquí hemos atravesado durante dos jornadas —por caminos cada vez más limpios de reptiles, ricos en orquídeas y en árboles florecidos— las Tierras del Ave. De sol a sol nos escoltaron los guacamayos fastuosos y las cotorras rosadas, con el tucán de

grave mirar, luciendo su peto de esmalte verdeamarillo, su pico mal soldado a la cabeza —el pájaro teológico que nos ha gritado: ¡*Dios te ve!*, a la hora del crepúsculo, cuando los malos pensamientos mejor solicitan al hombre—. Vimos a los colibríes, más insectos que pájaros, inmóviles en su vertiginosa suspensión fosforescente, sobre la sombra parsimoniosa de los paujús vestidos de noche; alzando los ojos, conocimos la percutiente laboriosidad de los carpinteros listados de oscuro, el alborotoso desorden de los silbadores y gorjeadores metidos en los techos de la selva, asustados de todo, más arriba de los comadros de pericos y catalnicas, y de tantos pájaros hechos a todo pincel, que a falta de nombre conocido —me dice fray Pedro— fueron llamados «indianos girasoles» por los hombres de armaduras. Así como otros pueblos tuvieron civilizaciones marcadas por el signo del caballo o del toro, el indio con perfil de ave puso sus civilizaciones bajo la advocación del ave. El dios volante, el dios pájaro, la serpiente emplumada, están en el centro de sus mitologías, y todo cuanto es bello para él se adorna de plumas. De plumas fueron las tiaras de los emperadores de Tenochtitlán, como son hoy de plumas los ornamentos de las flautas, los objetos de juego, las vestimentas festivas y rituales de los que aquí he conocido. Admirado por la revelación de que vivo ahora en las Tierras del Ave, emito alguna fácil opinión acerca de la probable dificultad de hallar, en las cosmogonías de estas gentes, algún mito coincidente con los nuestros. Fray Pedro me pregunta si he leído un libro llamado el *Popol-Vuh*, cuyo mismo nombre me era desconocido. «En ese texto sagrado de los antiguos quitchés —afirma el fraile—, se inscribe ya, con trágica adivinación, el mito del robot; más aún: creo que es la única cosmogonía que haya presentado la amenaza de la má-

quina y la tragedia del Aprendiz de Brujo.» Y, sorprendiéndome con un lenguaje de estudioso, que debió ser el suyo antes de endurecer en la selva, me cuenta de un capítulo inicial de la Creación, en que los objetos y enseres inventados por el hombre, y usados con ayuda del fuego, se rebelan contra él y le dan muerte; las tinajas, los comales, los platos, las ollas, las piedras de moler y las casas mismas, en pavoroso apocalipsis que atruenan con sus ladridos los perros enrabecidos y sublevados, aniquilan una generación humana... De eso me habla aún cuando alzo los ojos, y me veo al pie del paredón de roca gris en que aparecen hondamente cavados los dibujos que se atribuyen al demiurgo vencedor del Diluvio y repoblador del mundo, por una tradición que ha llegado a oídos de los más primitivos habitantes de la selva de abajo. Estamos aquí en el Monte Ararat de este vasto mundo. Estamos donde llegó el arca y encalló con sordo embate, cuando las aguas comenzaron a retirarse y hubo regresado la rata con una mazorca de maíz entre las patas. Estamos donde el demiurgo arrojó piedras a sus espaldas, como Deucalión, para dar nacimiento a una nueva generación humana. Pero ni Deucalión, ni Noé, ni Unapishtim, ni los Noés chinos o egipcios, dejaron su rúbrica fijada por los siglos en el lugar de arriba. Aquí, en cambio, hay enormes figuras de insectos, de serpientes, seres del aire, bestias de las aguas y de la tierra, figuraciones de lunas, soles y estrellas, que *alguien* ha cavado ahí, con ciclópeo cincel, mediante un proceso que no acertamos a explicarnos. Hoy mismo sería imposible erigir en tal lugar el andamiaje gigantesco que levantara un ejército de talladores de piedras hasta donde pudieran atacar el paredón de roca con sus herramientas, dejándolo tan firmemente marcado como está... Ahora fray Pedro me lleva al otro extremo de los Signos y me

muestra, de aquel lado de la montaña, una suerte de cráter, de ámbito cerrado, en cuyo fondo medran pavorosas yerbas. Son como gramíneas membranosas, cuyas ramas tienen una mórbida redondez de brazo y de tentáculo. Las hojas enormes, abiertas como manos, parecen de flora submarina, por sus texturas de madrepora y de alga, con flores bulbosas, como faroles de plumas, pájaros colgados de una vena, mazorcas de larvas, pistilos sanguinolentos, que les salen de los bordes por un proceso de erupción y desgarré, sin conocer la gracia de un tallo. Y todo eso, allá abajo, se enrevesa, se enmaraña, se anuda, en un vasto movimiento de posesión, de acoplamiento, de incestos, a la vez monstruoso y orgiástico, que es suprema confusión de las formas. «Estas son las plantas que han huido del hombre en un comienzo —me dice el fraile—. Las plantas rebeldes, negadas a servirle de alimento, que atravesaron ríos, escalaron cordilleras, saltaron por sobre los desiertos, durante milenios y milenios, para ocultarse aquí, en los últimos valles de la Prehistoria.» Con mudo estupor me doy a contemplar lo que en otras partes es fósil, se pinta en hueso o duerme, petrificado, en las vetas de la hulla, pero sigue viviendo aquí, en una primavera sin fecha, anterior a los tiempos humanos, cuyos ritmos no son acaso los del año solar, arrojando semillas que germinan en horas, o, por el contrario, demoran medio siglo en parar un árbol.

«Esta es la vegetación diabólica que rodeaba el Paraíso Terrenal antes de la Culpa.» Inclinado sobre el caldero demoníaco, me siento invadido por el vértigo de los abismos; sé que si me dejara fascinar por lo que aquí veo, mundo de lo prenatal, de lo que existía cuando no había ojos, acabaría por arrojarme, por hundirme, en ese tremendo espesor de hojas que desaparecerán del planeta, un día, sin haber sido nombradas, sin

haber sido recreadas por la Palabra —obra, tal vez, de dioses anteriores a nuestros dioses, dioses a prueba, inhábiles en crear, ignorados porque jamás fueron nombrados, porque no cobraron contorno en las bocas de los hombres... Fray Pedro me arranca a mi casi alucinada contemplación, dándome un ligero golpe en el hombro con su cayado.

Las sombras de los obeliscos naturales se acortan cada vez más en la proximidad del mediodía.

Tenemos que empezar a bajar antes de que la tarde nos sorprenda en esta cumbre, desciendan las nubes y nos veamos extraviados entre nieblas frías.

Luego de pasar nuevamente ante las rúbricas del demiurgo, alcanzamos el borde de la falla en que se iniciará nuestro descenso. Fray Pedro se detiene, respira hondamente y contempla un horizonte de árboles, del que emerge, en volúmenes pizarrosos, una cordillera de filos quebrados, que es como una presencia dura, sombría, hostil, en la sobrecogedora belleza de los confines del Valle. El fraile señala con el bastón nudoso: «Allí viven los únicos indios perversos y sanguinarios que hay en estas regiones», dice. Ningún misionero ha regresado de allá. Creo que, en aquel instante, me permití alguna burlona consideración sobre la inutilidad de aventurarse en tan ingratos parajes. En respuesta, dos ojos grises, inmensamente tristes, se fijaron en mí de manera singular, con una expresión a la vez tan intensa y resignada, que me sentí desconcertado, preguntándome si les había causado algún enojo, aunque sin hallar los motivos del tan enojo. Todavía veo el semblante arrugado del capuchino, su larga barba enmarañada, sus orejas llenas de pelos, sus sienes de venas pintadas en azul, como algo que hubiera dejado de pertenecerle y de ser carne de su persona: su persona, en aquel momento, eran

esas pupilas viejas, algo enrojecidas por una conjuntivitis crónica, que miraban, como hechas de un esmalte empañado, a la vez dentro y fuera de sí mismas. 🍷

## Gabriel García Márquez

---

A mediados de 1957, Gabriel García Márquez se estableció en Caracas con un equipaje tan escuálido que la ciudad casi no le prestó atención, sometiéndolo a faenas de reportero oscuro. Era, en verdad, un desconocido. Tenía 29 años, había sobrevivido malamente en Roma y París como corresponsal del diario *El espectador* de Bogotá, y acababa de casarse. En su maleta, entre cartas que atestiguaban sus deudas, traía, enrollados, los originales de algunos cuentos, ejemplares de su primera novela, *La Hojarasca*, y el manuscrito de la segunda, *El coronel no tiene quien le escriba*. Disipó muchas horas en las redacciones de *Élite* y de *Momento*. Era, sin embargo –como él diría más tarde– “Feliz e indocumentado”. A ese período corresponden algunas de sus crónicas más perdurables. La que dedicó al retorno de Betancourt, Machado, Villalba y Caldera, asoma ya en todas las antologías del periodismo latinoamericano; las que describen la matanza de siete sicilianos y un encuentro con el argentino Guillermo Patricio Kelly han sido reproducidas hasta la manía, una de esas crónicas, “Caracas sin agua”, pertenece a un género hasta entonces inexplorado: el que impone a un dato nimio de la realidad todo un vasto cerco de ficción que acrecienta su verosimilitud y ahonda su significado. Es acaso la menos conocida de la serie, y la más intensa.

Cuando García Márquez regresó a Caracas en 1967 –tras ocho años de ausencia– ya era otro. *Cien años de soledad*, que acaba de aparecer, lo señalaba como el fulgurante inventor de mitos y fundador de una escritura nueva a partir de la cual la novela latinoamericana empezaría a reconstruirse.

El texto que sigue fue tomado de la revista *Momento*, Caracas 1958.



# CARACAS SIN AGUA

---



**ESPUÉS DE ESCUCHAR EL BOLETÍN RADIAL DE LAS 7 DE LA MAÑANA, SAMUEL BURKART, UN INGENIERO ALEMÁN QUE VIVÍA SOLO EN UN PENT-HOUSE DE LA AVENIDA CARACAS, EN SAN BERNARDINO, FUE AL ABASTO DE LA ESQUINA A COMPRAR UNA BOTELLA DE AGUA mineral**

para afeitarse. Era el 6 de junio de 1958. Al contrario de lo que ocurría siempre desde cuando Samuel Burkart llegó a Caracas, 10 años antes, aquella mañana de lunes parecía mortalmente tranquila. De la cercana avenida Urdaneta no llegaba el ruido de los automóviles ni el estampido de las motonetas. Caracas parecía una ciudad fantasma. El calor abrasante de los últimos días había cedido un poco, pero en el cielo alto, de un azul denso, no se movía una sola nube. En los jardines de las quintas, en el islote de la Plaza de la Estrella, los arbustos estaban muertos. Los árboles de las avenidas, de ordinario cubiertos de flores rojas y amarillas en esa época del año, extendían hacia el cielo sus ramazones peladas.

Samuel Burkart tuvo que hacer cola en el abasto para ser atendido por los dos comerciantes portugueses que hablaban con la clientela de un mismo tema, el tema único de los últimos cuarenta días que esa mañana había estallado en la radio y en los periódicos como una explosión dramática: el agua se había agotado en Caracas. La noche anterior se habían anunciado las drásticas restricciones impuestas por el INOS a los últimos 100.000 metros cúbicos almacenados en el

dique de La Mariposa. A partir de esa mañana, como consecuencia del verano más intenso que había padecido Caracas después de 79 años, había sido suspendido el suministro de agua. Las últimas reservas se destinaban a los servicios estrictamente esenciales.

El gobierno estaba tomando desde hacía 24 horas disposiciones de extrema urgencia para evitar que la población pereciera víctima de la sed. Para garantizar el orden público se habían tomado medidas de emergencia que las brigadas cívicas constituidas por estudiantes y profesionales se encargarían de hacer cumplir.

Las ediciones de los periódicos reducidas a cuatro páginas, estaban destinadas a divulgar las instrucciones oficiales a la población civil sobre la manera como debía proceder para superar la crisis y evitar el pánico.

La venta de jugo de frutas y gaseosas estaba racionada por orden de las autoridades. Cada cliente tenía derecho a una cuota límite de una lata de jugo de fruta y una gaseosa por día, hasta nueva orden. Burkart compró una lata de jugo de naranja y se decidió por una botella de limonada para afeitarse. Sólo cuando fue a hacerlo descubrió que la limonada corta el jabón y no produce espuma. De manera que declaró definitivamente el estado de emergencia y se afeitó con jugo de duraznos.

### **PRIMER ANUNCIO DE CATACLISMO: UNA SEÑORA RIEGA EL JARDÍN**

Con su cerebro alemán perfectamente cuadrículado y sus experiencias de guerra, Samuel Burkart sabía calcular con la debida anticipación el alcance de una noticia. Eso era lo que había hecho, tres meses antes, exactamente el 26 de marzo,

cuando leyó en un periódico la siguiente información: “En La Mariposa sólo queda agua para 16 días”.

La capacidad normal del dique de La Mariposa, que surte de agua a Caracas, es de 9.500.000 metros cúbicos. En esa fecha, a pesar de las reiteradas recomendaciones del INOS para que se economizara el agua, las reservas estaban reducidas a 5.221.854 metros cúbicos. Un meteorólogo declaró a la prensa, en una entrevista no oficial que no llovería antes de junio. Pocas semanas después el suministro de agua se redujo a una cuota que era ya inquietante, a pesar de que la población no le dio la debida importancia: 130.000 metros cúbicos diarios.

Al dirigirse a su trabajo, Samuel Burkart saludaba a una vecina que se sentaba en su jardín desde las 8 de la mañana a regar la hierba. En cierta ocasión le habló de la necesidad de economizar agua. Ella, embutida en una bata de seda con flores rojas, se encogió de hombros. “Son mentiras de los periódicos para meter miedo —replicó—. Mientras haya agua yo regaré mis flores.” El alemán pensó que debía dar cuenta a la policía, como lo hubiera hecho en su país, pero no se atrevió porque pensaba que la mentalidad de los venezolanos era completamente distinta de la suya. A él también le había llamado la atención que las monedas en Venezuela son las únicas que no tienen escrito su valor y pensaba que aquello podía obedecer a una lógica inaccesible para un alemán. Se convenció de eso cuando advirtió que algunas fuentes públicas, aunque no las más importantes, seguían funcionando cuando los periódicos anunciaron, en abril, que las reservas de agua descendían a razón de 150.000 metros cúbicos cada 24 horas. Una semana después se anunció que se estaban produciendo chaparrones artificiales en las cabeceras del Tuy —la fuente vital de Caracas— y que eso había ocasio-

nado un cierto optimismo en las autoridades. Pero a fines de abril no había llovido. Los barrios pobres quedaron sin agua. En los barrios residenciales se restringió el agua a una hora por día. En su oficina, como no tenía nada que hacer, Samuel Burkart utilizó su regla de cálculo para descubrir que si las cosas seguían como hasta entonces habría agua hasta el 22 de mayo. Se equivocó, tal vez por un error en los datos publicados en los periódicos. A fines de mayo el agua seguía restringida, pero algunas amas de casa insistían en regar sus matas. Incluso en un jardín, escondido entre los arbustos, vio una fuente minúscula, abierta durante la hora en que se suministraba el agua. En el mismo edificio donde él vivía, una señora se vanagloriaba de no haber prescindido de su baño diario en ningún momento. Todas las mañanas recogía agua en todos los recipientes disponibles. Ahora, intempestivamente, a pesar de que había sido anunciada con la debida anticipación, la noticia estallaba a todo lo ancho de los periódicos. Las reservas de La Mariposa alcanzaban para 24 horas. Burkart, que tenía el complejo de la afeitada diaria, no pudo lavarse ni siquiera los dientes. Se dirigió a la oficina, pensando que tal vez en ningún momento de la guerra, ni aun cuando participó en la retirada del Africa Korp, en pleno desierto, se había sentido de tal modo amenazado por la sed.

### **EN LAS CALLES, LAS RATAS MUEREN DE SED.**

### **EL GOBIERNO PIDE SERENIDAD**

Por primera vez en 10 años, Burkart se dirigió a pie a su oficina, situada a pocos pasos del Ministerio de Comunicaciones. No se atrevió a utilizar su automóvil por temor a que se recalentara. No todos los habitantes de Caracas fueron tan precavidos. En la primera bomba de gasolina que encontró había una

cola de automóviles y un grupo de conductores vociferantes, discutiendo con el propietario. Habían llenado sus tanques de gasolina con la esperanza que se les suministrara agua como en los tiempos normales. Pero no había nada que hacer. Sencillamente no había agua para los automóviles. La avenida Urdaneta estaba desconocida: no más de 10 vehículos a las 9 de la mañana. En el centro de la calle, había unos automóviles recalentados, abandonados por los propietarios. Los bares y restaurantes no abrieron sus puertas. Colgaron un letrero en las cortinas metálicas: “Cerrado por falta de agua”. Esa mañana se había anunciado que los autobuses prestarían un servicio regular en las horas de mayor congestión. En los paraderos, las colas tenían varias cuadras desde las 7 de la mañana. El resto de la avenida un aspecto normal, con sus aceras, pero en los edificios no se trabajaba: todo el mundo estaba en las ventanas. Burkart preguntó a un compañero de oficina, venezolano, qué hacía toda la gente en las ventanas, y él le respondió: —Están viendo la falta de agua.

A las 12, el calor se desplomó sobre Caracas. Sólo entonces empezó la inquietud. Durante toda la mañana, camiones del INOS con capacidad hasta para 20.000 litros repartieron agua en los barrios residenciales. Con el acondicionamiento de los camiones cisternas de las compañías petroleras, se dispuso de 300 vehículos para transportar agua hasta la capital. Cada uno de ellos, según cálculos oficiales, podía hacer hasta 7 viajes al día. Pero un inconveniente imprevisto obstaculizó los proyectos: las vías de acceso se congestionaron desde las 10 de la mañana. La población sedienta, especialmente en los barrios pobres, se precipitó sobre los vehículos cisternas y fue preciso la intervención de la fuerza pública para restablecer el orden. Los habitantes de los cerros, desesperados,

seguros de que los camiones de abastecimiento no podían llegar hasta sus casas, descendieron en busca de agua. Las camionetas de las brigadas universitarias, provistas de alto-parlantes, lograron evitar el agua. A las 12.30 el Presidente de la Junta de Gobierno, a través de la Radio Nacional, la única cuyos programas no habían sido limitados, pidió serenidad a la población, en un discurso de 4 minutos. En seguida, en intervenciones muy breves, hablaron los dirigentes políticos, un representante del Frente Universitario y el Presidente de la Junta Patriótica. Burkart, que había presenciado la revolución popular contra Pérez Jiménez, cinco meses antes, tenía una experiencia: el pueblo de Caracas es notablemente disciplinado. Sobre todo, es muy sensible a las campañas coordinadas de radio, prensa, televisión y volantes. No le cabía la menor duda de que ese pueblo sabría responder también a aquella emergencia. Por eso lo único que le preocupaba en ese momento era su sed. Descendió por las escaleras del viejo edificio donde estaba situada su oficina y en el descanso encontró una rata muerta. No le dio ninguna importancia. Pero esa tarde cuando subió al balcón de su casa a tomar fresco después de haber consumido un litro de agua que le suministró el camión cisterna que pasó por su casa a las 2, vio un tumulto en la Plaza de la Estrella. Los curiosos asistían a un espectáculo terrible: de todas las casas, salían animales enloquecidos por la sed. Gatos, perros, ratones, salían a la calle en busca de alivio para sus gargantas reseca. Esa noche a las 10, se impuso el toque de queda. En el silencio de la noche ardiente sólo se escuchaba el ruido de los camiones del aseo, prestando un servicio extraordinario: primero en las calles y luego en el interior de las casas, se recogían los cadáveres de los animales muertos de sed.

## **HUYENDO HACIA LOS TEQUES.**

### **UNA MULTITUD MUERE DE INSOLACIÓN.**

48 horas después de que la sequía llegó a su punto culminante, la ciudad quedó completamente paralizada. El gobierno de los Estados Unidos envió, desde Panamá, un convoy de aviones cargados con tambores de agua. Las Fuerzas Aéreas Venezolanas y las compañías comerciales que prestan servicio en el país sustituyeron sus actividades normales por un servicio extraordinario de transporte de agua. Los aeródromos de Maiquetía y La Carlota fueron cerrados al tráfico internacional y destinados exclusivamente a esa operación de emergencia. Pero cuando se logró organizar la distribución urbana, el 30% del agua transportada se había evaporado a causa del calor intenso. En las Mercedes y en Sabana Grande, la policía incautó, el 7 de junio en la noche, varios camiones piratas, que llegaron a vender clandestinamente el litro de agua hasta a 20 bolívares. En San Agustín del Sur, el pueblo dio cuenta de otros dos camiones piratas, y repartió su contenido, dentro de un orden ejemplar, entre la población infantil. Gracias a la disciplina y el sentido de solidaridad del pueblo, en la noche del 8 de junio no se había registrado ninguna víctima de la sed. Pero desde el atardecer, un olor penetrante invadió las calles de la ciudad. Al anochecer, el olor se había hecho insoportable. Samuel Burkart descendió a la esquina con la botella vacía, a las 8 de la noche, e hizo una ordenada cola de media hora para recibir su litro de agua de un camión cisterna conducido por boy-scouts. Observó un detalle: sus vecinos, que hasta entonces habían tomado las cosas un poco a la ligera, que habían procurado convertir la crisis en una especie de carnaval, empezaban a alarmarse seriamente. En especial a causa de los rumores. A partir de mediodía, al mismo

tiempo que el mal olor, una ola de rumores alarmistas se habían extendido por todo el sector. Se decía que, a causa de la terrible sequedad, los cerros vecinos, los parques de Caracas, comenzaban a incendiarse. No habría nada que hacer cuando se desencadenara el fuego. El cuerpo de bomberos no dispondría de medios para combatirlo.

Al día siguiente, según anuncio de la Radio Nacional, no circularían periódicos. Como las emisoras de radio habían suspendido sus emisiones y sólo podían escucharse tres boletines diarios de la Radio Nacional, la ciudad estaba, en cierta manera, a merced de los rumores. Se transmitían por teléfono y en la mayoría de los casos eran mensajes anónimos.

Burkart había oído decir esa tarde que familias enteras estaban abandonando a Caracas. Como no había medios de transporte el éxodo se intentaba a pie, en especial hacia Maracay. Un rumor aseguraba que esa tarde, en la vieja carretera de Los Teques, una muchedumbre empavorecida que trataba de huir de Caracas había sucumbido a la insolación. Los cadáveres expuestos al aire libre, se decía, eran el origen del mal olor. Burkart encontraba exagerada aquella explicación, pero advirtió que, por lo menos en su sector, había un principio de pánico.

Una camioneta del Frente Estudiantil se detuvo junto al camión cisterna. Los curiosos se precipitaron hacia ella, ansiosos de confirmar los rumores. Un estudiante subió a la capota y ofreció responder, por turnos, a todas las preguntas. Según él, la noticia de la muchedumbre muerta en la carretera de Los Teques era absolutamente falsa. Además, era absurdo pensar que ese fuera el origen de los malos olores. Los cadáveres no podían descomponerse hasta ese grado en cuatro o cinco horas. Se aseguró que los bosques y parques estaban

colaborando en una forma heroica y que dentro de pocas horas llegaría a Caracas, procedente de todo el país, una cantidad de agua suficiente para garantizar la higiene. Se rogó transmitir por teléfono estas noticias, con la advertencia de que los rumores alarmantes eran sembrados por elementos perezjimenistas.

**EN EL SILENCIO TOTAL,  
FALTA UN MINUTO PARA LA HORA CERO**

Samuel Burkart regresó a su casa con un litro de agua a las 6.45, con el propósito de escuchar el boletín de la Radio Nacional, a las 7. Encontró en su camino a la vecina que, en abril, aún regaba las flores de su jardín. Estaba indignada contra el INOS, por no haber previsto aquella situación. Burkart pensó que la irresponsabilidad de su vecina no tenía límites.

—La culpa es de la gente como usted, dijo, indignado. El INOS pidió a tiempo que se economizara el agua. Usted no hizo caso. Ahora estamos pagando las consecuencias.

El boletín de la Radio Nacional se limitó a repetir las informaciones suministradas por los estudiantes. Burkart comprendió que la situación estaba llegando a su punto crítico. A pesar de que las autoridades trataban de evitar la desmoralización, era evidente que el estado de cosas no era tan tranquilizador como lo presentaban las autoridades. Se ignoraba un aspecto importante: la economía. La ciudad estaba totalmente paralizada. El abastecimiento había sido limitado y en las próximas horas faltarían los alimentos. Sorprendida por la crisis, la población no disponía de dinero en efectivo. Los almacenes, las empresas, los bancos, estaban cerrados. Los abastos de los barrios empezaban a cerrar sus puertas a

falta de surtido: las existencias habían sido agotadas. Cuando Burkart cerró el radio comprendió que Caracas estaba llegando a su hora cero.

En el silencio mortal de las 9 de la noche, el calor subió a un grado insoportable, Burkart abrió puertas y ventanas, pero se sintió asfixiado por la sequedad de la atmósfera y por el olor, cada vez más penetrante. Calculó minuciosamente su litro de agua y reservó cinco centímetros cúbicos para afeitarse el día siguiente. Para él, ese era el problema más importante: la afeitada diaria. La sed producida por los alimentos secos empezaba a hacer estragos en su organismo. Había prescindido, por recomendación de la Radio Nacional, de los alimentos salados. Pero estaba seguro de que el día siguiente su organismo empezaría a dar síntomas de desfallecimiento. Se desnudó por completo, tomó un sorbo de agua y se acostó boca abajo en la cama ardiente, sintiendo en los oídos la profunda palpitación del silencio. A veces, muy remota, la sirena de una ambulancia rasgaba el sopor del toque de queda. Burkart cerró los ojos y soñó que entraba en el puerto de Hamburgo, en un barco negro, con una franja blanca pintada en la borda, con pintura luminosa. Cuando el barco atracaba, oyó, lejana, la gritería de los muelles. Entonces despertó sobresaltado. Sintió, en todos los pisos del edificio, un tropel humano que se precipitaba hacia la calle. Una ráfaga cargada de agua tibia y pura, penetró por su ventana. Necesitó varios segundos para darse cuenta de lo que pasaba: llovía a chorros. 🌀

## Julio Cortázar

---

Julio Cortázar ha estado muchas veces en Caracas y otras ciudades menos destempladas de Venezuela, como expedicionario apresurado del país o como viajero en tránsito hacia Cuba. A menudo las travesías fueron un pretexto para hablar con ciertos maestros privados, como Guillermo Meneses, o para conocer la espesura de la contaminación en Sabana Grande.

La admiración que su obra suscita entre los venezolanos es aún más antigua que sus viajes. Ya los poetas de “Sardio” y “El techo de la ballena” que habían hecho minuciosas incursiones por París, fueron en América Latina los primeros adelantados de fenómenos que, a comienzos de los años 60, eran tan desconocidos como *Bestiario*, *Las armas secretas* y *Rayuela*. Casi simultáneamente con la primera visita de Cortázar a Caracas, en 1967, apareció su obra miscelánea *La vuelta al día en ochenta mundos*, que incluye un fragmento documental, “La desaparición de los menores en Venezuela”. En el que el país soñado (o leído) resulta tan vivo como el país real.

Ese fragmento integra, con otro sobre el drama de la infancia en Vietnam del Sur, un capítulo titulado *Vuelta al día en el tercer mundo*. Fue tomado de la primera edición, Siglo XXI, México, 1967.



# LA DESAPARICIÓN DE LOS MENORES EN VENEZUELA

---



ERO EN EL ASPECTO RELACIONADO CON LA MEDICINA ES DONDE ESTRIBA FUNDAMENTALMENTE LA GRAVEDAD DE ESTAS DESAPARICIONES, PUESTO QUE NO LLEVA CONSIGO CONDUCIR A LOS MENORES, VÍCTIMAS DE LAS

FECHORÍAS, a la simple condición de explotarlos en la mendicidad, sino que estos actos involucran una situación más grave e inhumana todavía: la mutilación.

Estos tipos de desapariciones y sus consecuencias eran denunciados a fines de marzo de 1965 por el distinguido psiquiatra Hernán Quijada, presidente de la Comisión de la Prevención de la Delincuencia. La denuncia del Dr. Quijada se concretaba a señalar a un peligroso criminal de guerra de nacionalidad alemana como autor del mutilamiento de niños para lanzarlos a la mendicidad.

En mayo de 1963 en la Jefatura Civil de El Recreo era detenido un ciego de nacionalidad colombiana identificado como Abraham Remolino, quien tenía en su poder a un menor oriundo de Santander del Norte, República de Colombia, el cual al ser interrogado reveló que no era familiar de Remolino y que lo habían traído bajo engaño de Colombia, le ofrecieron un auto y posteriormente lo vendieron al ciego por Bs 500.

En junio de ese mismo año funcionarios de la Jefatura Civil de El Recreo descubrieron debajo de un puente situado en la zona del Este de la ciudad a un grupo de extranjeros indocu-

mentados integrantes de una banda internacional de secuestradores de niños, quienes una vez que secuestraban a sus víctimas los vendían a 500 bolívares cada uno para que sirvieran de lazarillos.

Uno de estos indocumentados, Pedro Ignacio Rincón Granados, había sido extrañado del país por la Dirección de Extranjeros el 31 de octubre de 1962, en compañía del menor Luis Francisco Torre, quien para entonces informó a las autoridades policiales que había sido traído a Caracas bajo en engaño, y que posteriormente fue vendido al ciego en cuestión por traficantes de menores que raptaban niños en ciudades interiores de Colombia pasándolos clandestinamente a Venezuela por el Estado Táchira.

En esta segunda oportunidad Rincón Granados fue detenido con otro menor que le servía de lazarillo, el cual suministró bastantes detalles sobre las operaciones de los traficantes internacionales de menores.

En esa misma fecha, según informaciones periodísticas, una dama venezolana reconoció en un pequeño limosnero mocho de ambas manos, al hijo suyo que dos años antes había desaparecido. 🌀

## Pablo Neruda

---

**P**ablo Neruda (1904-1973) fue un visitante asiduo de Venezuela. A tal punto el país le era familiar que no le consagró sino un par de poemas y algunas páginas incidentales en sus memorias. Como sucede con los parajes y los seres que se aman, no los escribió; prefirió vivirlos.

Los dos textos que aquí se reproducen corresponden a sendas visitas: uno fue escrito a fines de 1968, en plena contienda electoral; otro es un discurso pronunciado en el Consejo Municipal de Caracas el 4 de febrero de 1959, cuando fue declarado huésped de honor de la capital. En ambos, la ciudad asume la forma de una luz enriquecida por la carnalidad de los adjetivos y por el fuego de unos verbos que expresan mejor los sentimientos que la acción. Los dos fragmentos fueron tomados de *Para nacer he nacido*, colección de escritos dispersos que ordenaron Matilde Neruda y Miguel Otero Silva, y que publicó Seix Barral en mayo de 1978.



## CARACAS VIBRATORIA

---



**ENEZUELA TOMA CON AMOR FURIOSO SUS ACTOS ELECTORALES. TANTOS ECLIPSES TUVIERON ESTOS EN SU ATORMENTADA HISTORIA, QUE AHORA BRILLAN CON PAPEL, BENGALAS, AVIONES, AMÉN DE RUIDOS INFERNALES.**

Caracas se ha convertido en feria multicolor. Cuelgan millones de tiras y retratos, de volantes verdes o blancos o celestes o rojos. Vote por el Ancla o por la Llave o por el Caballo. Vote por el Amarillo, vote Verde, vote Blanco. Vote por Burelli, por Prieto, por Caldera, por Gonzalo. Y por Arturo, por Gustavo, por Wolfgang, por Miguel Otero.

La radio, la televisión, los diarios, los teléfonos, ensordecen con una gran alegría. Salen a bailar Hitler, Bolívar, Fidel Castro, Frei.

Fuimos a la playa con Inocente Palacios, gran señor de las artes; Miguel Otero Silva, que cumplía sus sesenta años, y sus compañeras.

Matilde entró a las pequeñas olas tibias con los venezolanos. Yo me quedé escribiendo en la bellísima casa de madera bruñida. Cuando volvió le pregunté:

—¿Qué tal? ¿Nadaron?

—Yo nadé —me contestó—, pero ellos se dedicaron a hablar de política entre ola y ola.

La cita de la noche venezolana con el pintor Alejandro Otero produjo un milagro encendido, difícilmente descriptible. Co-

losales estructuras, escaleras del cielo, torres centelleantes, esferas estrelladas, pueblan un punto de Caracas comunicándonos un estremecimiento diferente, una sacudida planetaria.

Lo fenomenal es que el pintor de pureza geométrica, el vencedor de una línea que pareció perderse en la obscuridad individual, haya renacido en este arte público, de fascinación totalitaria. Los inmensos objetos, parecidos a proyectiles espaciales, nos deslumbran de inmediato.

La Torre Vibrante, con más de veinte metros de altura, nos transmite el movimiento y la luz como si tuviera una circulación misteriosa. Millones de luciérnagas, abejas de plata trabajando en la colmena vertical. La Novia del Viento oscila en una rotación de pureza astronómica, sumándose al distante ritmo, a la respiración de la noche. El Rotor o la Integral, de vidas propias, oscilaciones y resplandor diferentes, reverberan y se mueven en forma perezosa, como objetos cósmicos, cuidadosamente estructurados, caídos en el corazón de Caracas.

Todas las revelaciones del arte óptico y cinético, arte que de alguna manera se desprende de la luz venezolana, me han dado siempre el regocijo de un gran juego puro, de una limpieza esencial. El placer deriva de una sorpresa preclara, sin posible mixtificación. Tales artes de la claridad no necesitan teoría: son la respuesta de la verdad en el término del laberinto.

Pero hay que entender que si las resplandecientes obras de Le Parc o Soto, por la gravitación del dinero, corren a esconderse en las colecciones o en los museos, tal arrinconamiento debe sobrepasarse. Resulta intolerable la obscuridad para objetos tan activos, para una conciencia tan luminosa.

Y ésta es la gran aventura: la inauguración espacial de Alejandro Otero. Veo en Brasilia, en Filadelfia, en el Santiago de Chile y de Cuba, en la Plaza Roja de Moscú, en los parques de Francia, frente al desfile de la multitud, estas estalactitas construidas con pasión, determinando la fe en el destino del hombre a través de la alegría creadora.

# HUÉSPED DE CARACAS

---



**UNCA PENSÉ QUE UN HONOR TAN GRANDE FUERA A RECAER SOBRE MI POESÍA, SOBRE LA ACCIÓN ERRANTE DE MIS CANTOS. CELEBRO RECIBIR TAL DISTINCIÓN CUANDO SE OTORGAN LOS ALTOS PREMIOS DE LA CULTURA**

**VENEZOLANA.** Este honor se hace más alto con las palabras del clarísimo poeta Juan Liscano. No voy a protestar ante su fraternal ditirambo. Lo guardaré para examinarme en ese espejo y continuar siendo fiel a la dignidad de la poesía y a las inseparables luchas del pueblo.

Esta mañana bajé del monte Ávila. Allá arriba tiene Caracas su corona verde, sus esmeraldas mojadas, pero la ciudad se había escapado. Su lugar había sido ocupado por una conjuración de harina, de vapor, de pañuelos celestes, y había que buscar a la ciudad perdida, entrar en ella desde el cielo y encontrarla al fin en la niebla amarrada a sus cordilleras, erecta, intrincada, tentacular y sonora, como colmena desbordante erigida por la voluntad del hombre. Los fundadores escogieron con ojo de águila este valle arrugado para establecer en él la primavera de Caracas. Y luego, el tiempo hizo por igual la belleza de casas enrejadas que protegen el silencio, y edificios de pura geometría y luz, en donde se instala el porvenir. Como americano esencial, saludo en primer lugar a la ciudad deslumbrante, por igual a sus cerros populares, a sus callejas coloreadas como banderas, a sus avenidas abier-

tas a todos los caminos del mundo. Pero saludo también a su historia, sin olvidar que de esta ciudad matriz salió como un ramo torrencial de aguas heroicas el río de la independencia americana.

¡Salud, ciudad de linajes tan duros que hasta ahora sobreviven, de herencias tan poderosas que aún siguen germinando, ciudad de liberaciones y de la inteligencia, ciudad de Bolívar y de Bello, ciudad de martirios y nacimientos, ciudad que el 23 de enero recién desgranado en el trigo del tiempo diste un resplandor de aurora para el Caribe y para toda nuestra América amada y dolorosa!

Pero toda esta belleza y la historia misma, el laurel y los archivos, las ventanas y los niños, los edificios azules, la sonrisa color cereza de la bella ciudad, todo esto puede desaparecer. Un puñado de esencia infernal, de energía desencadenada puede hacer cenizas y terminar con las construcciones y las vidas, un solo puñado de átomos puede terminar con Caracas y con Buenos Aires, con Lima y con Santiago, con la poderosa Nueva York y la plateada Leningrado.

Al bajar de las cumbres y contemplar la palpitante belleza de la ciudad que ahora me confiere el honor de ser su amigo, pensé en la destrucción que nos amenaza. Que amenaza a todo lo creado por el hombre y persigue con estigma maldito a sus descendientes; por eso pensé que así como los cabildos americanos fueron la cuna de nuestra libertad, pueden en el presente o en el futuro elevar la advertencia contra la muerte nuclear, y proteger así, no sólo nuestra ciudad, sino todas las ciudades, no sólo nuestra vida, sino la existencia del hombre sobre la Tierra.

Una vez más agradezco la fraternidad con que me recibe el Concejo Municipal de la ciudad de Caracas. Gracias, porque

así me siento autorizado para continuar mi camino defendiendo el amor, la claridad, la justicia, la alegría y la paz, es decir, la poesía. 🎭



# Gonzalo Rojas

---

Allí, en Turpial A-6B, al final de la Colinas de Bello Monte, vive desde hace cuatro años Gonzalo Rojas, uno de los mayores poetas de América, al cabo de un destierro que comenzó en Pekín y siguió en Berlín: un transtierro, como él acaba de definir a la travesía en el libro inédito del que fue tomado este poema.

Rojas nació en Lebu, una aldea del sur chileno, el 20 diciembre de 1917; a los cuatro años, una explosión de gas grisú lo dejó huérfano de su padre minero; a los 20, su fama comenzó a crecer bajo los soles del grupo Mandrágora, que inició el reinado del surrealismo en el continente; y a los 43 organizó los encuentros de escritores en la Universidad de Concepción, Chile, en los que germinó la nueva novela latinoamericana. El primero de sus libros *La miseria del hombre*, lo señaló como un poeta mayor en el único país americano donde la poesía era tan cotidiana como el amor y las sopas. El tercero, *Oscuro*, que apareció en Caracas hace dos años, exaltó la fama de Gonzalo Rojas a una altura que sólo conocían Octavio Paz y Jorge Guillén entre los maestros vivos de la lengua española.

“Turpial A-6B” fue publicado originalmente en el Papel Literario del diario *El Nacional*. La versión que aquí se reproduce tiene ligeras variantes, introducidas por el autor para la edición de *Transtierro* en España.





con sus alas, lúcida la certeza  
de lo níveo y permanente, mirándote mirar  
la maravilla, eso es:

la maravilla

## 5

Porque todo es parte, y eres lo verde de la luz  
cuando crece el peligro, desatada la música  
de su instrumento, y es tan difícil,  
todo es tan difícil, la tristeza,  
el trópico, este mismo A-6B  
en sus metros de vidrio, las precauciones  
contra el Tigre de Bronce, las ilusiones  
y las abluciones: el bátraco  
mi Dios, ay, y el ruido.

## 6

Pero también la sal hace lo suyo, sin  
océano contra nadie, descalza por la casa,  
intersticial, insomne, sin respeto a ninguno  
de los durmientes de la diáspora, blanqueándolo  
todo-con-el-fósforo-de-su-risa:  
las tablas  
de la navegación, la horca, la vejez,  
calle de Liu-li Chang: marfil y polvo,  
¡ábaco!

## 7

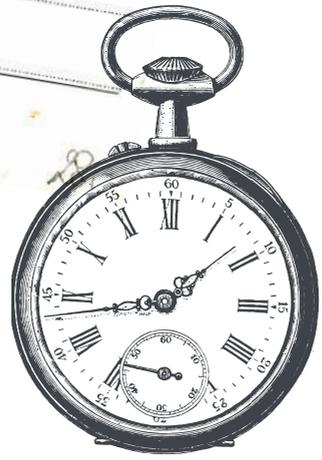
Si hablara esta silla, lo que diría  
esta silla de trescientos años, o esta cama  
de Pekín, estos cráneos de palo ronco, si



TARJETA POSTAL

Tipografía Cervantes - Hecho en Venezuela - Prohibida la Reproducción

Venezuela



Venezuela

*Mr. Fernando Leon  
Ave de Estaire*



Visítanos en la Biblioteca Digital Banesco.

[www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/  
biblioteca-digital-banesco-2](http://www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/biblioteca-digital-banesco-2)



 @Banesco  @baneskin  Banesco Banco Universal  banescobancouniversal